

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Año XXV - N.º 446

BARCELONA

ABRIL 1968

Depósito legal: B. 15860 - 1958



## SUMARIO

### CLIMA POST-CONCILIAR

Cardenal Felici

### DOBLE CORONA,

El Padre José M.ª Murall

Luis Creus Vidal

### EXPRESIONES NUEVAS DE REALIDADES ANTIGUAS

Roberto Cayuela, S. I.

### CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS ALEMANES

(Fragmento)

### PUNTUALIZACIONES:

ANTE LOS AVATARES

DE LA HORA ACTUAL VI - XI

Melchor Pelegrí, Pbro.

### EN LA TEOLOGIA

DE LA HISTORIA:

IX - FRANCIA «LA FILLE AINÉE»,

«LA SOEUR AINÉE»

Luis Creus Vidal

### RECLAMOS FAMILIARES Y SOCIA-

LES - EL ORO Y LOS DIAMANTES

¿PARA QUIEN? - EL CRITERIO DE

DIOS - «LOS LADRONES SOMOS

GENTE HONRADA» ¡Y NOSOTROS

TAMBIEN! - LA CASA DE DIOS

Y LA CASA DE LOS HOMBRES.

«¡NO HUBO SITIO PARA ELLOS!»

LA DEMOCRACIA EN EL TEMPLO.

EL CRITERIO DE DIOS.

Ricardo V. Felgu, S. J.

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Telf. 2212775

### ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Director: Fernando Serrano Misas

## CLIMA POST-CONCILIAR

El Vaticano II ha provocado en algunos un estado de inseguridad que roza la neurosis, llena de angustia; sentimiento que según algunos psicólogos se da en los casos en que un individuo deja una situación conocida por otra: de hecho siempre que una situación sin precedentes puede reservar una sorpresa, la angustia entra en juego con la precisión de un reflejo (cf. M. Schoisy, **Psicoanálisis y catolicismo**, Roma, 1951, p. 31). El mismo Freud, aceptando una opinión de Otto Rank, afirma: "Podemos decir que en verdad a toda época de desarrollo corresponde una determinada condición de angustia, y por lo tanto una situación de peligro parecida a los primeros tiempos después del nacimiento" (**Introducción al estudio del psicoanalista**, Roma, 1947, p. 407).

En realidad el Vaticano II ha creado en la historia de la Iglesia una situación sin precedentes, y no es necesario hablar para hacer esta afirmación, como arbitrariamente hacen algunos, de fin de la edad constantiniana, de abandono de la disciplina tridentina, en una palabra, de rotura con el pasado, para establecer una vida y una doctrina completamente nuevas. Son lugares comunes, con frecuencia privados de sentido y sólo aptos para confundir las ideas.

La novedad que trae el Concilio no se refiere ciertamente a la sustancia del creer y del vivir cristiano: está destinada a hacerla más válida, más eficaz, más fructífera. Encuentro pues fuera de lugar el sentido de inseguridad, de angustia, que algunos, como he dicho, manifiestan por la "novedad" del Vaticano II y, llenos de temor, se atrincheran en posiciones que la misma autoridad de la Iglesia ha sabiamente dejado como anacrónicas y por eso contraproducentes, para nuestros tiempos. Si una inseguridad puede en tal sentido subsistir todavía, es preciso superarla valerosamente con la obediencia y la fidelidad al magisterio de la Iglesia.

\* \* \*

Hay sin embargo otra inseguridad que preocupa y engendra un vivo sentido de angustia: ésta no proviene de los decretos del Concilio o de las sabias innovaciones que en el Concilio encuentran alimento y vida, sino de las novedades de índole doctrinal y disciplinaria que están en contra la sustancia del creer y del vivir sacerdotal y cristiano. Tales novedades son extremadamente peligrosas no sólo porque se presentan bajo la etiqueta del Concilio, sino también

porque —como han observado los Padres del Primer Sínodo de Obispos— “son imprudentemente difundidas por los mismos sacerdotes, religiosos, teólogos, educadores y otros, sin tener en cuenta adecuadamente la pedagogía de la Fe”.

Ahora bien, todo esto provoca la incertidumbre y malestar de que ha hablado Paulo VI el último domingo “que desorientan y debilitan tan gran parte de la nueva generación”.

Me viene al pensamiento el asno de Buridan (el asno más famoso después de el de Balaam), del que el filósofo y el sabiondo Buridan nunca ha escrito, pero que se recuerda todavía —bajo su nombre— en la imaginación de todos los atacados de incertidumbre, los desorientados, los indecisos que acaban por sucumbir bajo el peso de la inseguridad, como el asno legendario que puesto en posiciones equidistantes de dos manojos de heno, murió de hambre por no saber por cuál decidirse.

Es absolutamente necesario superar este riesgo y por todos los medios. Es deber de todos: de los Obispos, de los sacerdotes y religiosos, de todos los fieles. Es un deber que se cumple generosamente con la predicación clara y precisa de la doctrina eterna y con el testimonio vivo de las obras; con la fe en Cristo Jesús, que es piedra viva del edificio sagrado y da siempre certeza, seguridad y estabilidad.

A los Obispos el Concilio les ha reconocido una gran autoridad. Conviene que la ejerciten con humildad y bondad, como conviene a los Pastores, pero también con paternal firmeza y seguridad. De otro modo la grey sufrirá desbandadas peligrosas. Es superfluo recordar la ecuación sociológica (la Iglesia es una sociedad, singular, sí, pero siempre sociedad), según la cual la suma algebraica del poder es siempre igual a cero: si alguno —la legítima autoridad— se despoja de su parte, cualquier otro se apodera de ella, y desgraciadamente no en bien de la sociedad. Cristo ha sido extremadamente claro: “Quien no está conmigo está contra mí” (Luc. 11, 23).

Los santos decretos del Concilio son faros que iluminan: el magisterio del Papa de un modo especial (querríamos que todos leyeran la reciente publicación: **Palabras sobre la fe** de Paulo VI) que indican el camino a seguir contra las insidias que hoy llevan al extravío e inseguridad.

Con los Obispos colaboraron los sacerdotes, los religiosos y los teólogos. La misión de estos últimos en la Iglesia es insigne e indispensable en el servicio que le prestan. Los Obispos del Primer Sínodo les amonestan: “Los teólogos sean consecuentes de su responsabilidad, que es grande, ya sea en la búsqueda seria y científica de la verdad, sea en la divulgación de sus conclusiones, en el modo de fomentar en sus hermanos un espíritu de amor y reverencia a la palabra de Dios y al magisterio de la Iglesia”.

Finalmente, todos los fieles deben ser iluminados, del modo correspondiente a la mentalidad actual, sobre

la obediencia filial y la sincera adhesión debida al magisterio de la Iglesia, de modo que cada uno de ellos llegue a ser portador de verdad y de bondad para la edificación del Cuerpo de Cristo.

En este punto se me ocurre pensar en San Francisco de Asís y en Satna Catalina de Sena, los dos grandes patronos de Italia. No eran humanamente grandes, no ocupaban lugares de gran responsabilidad en la jerarquía de la Iglesia: el primero era apenas diácono, la segunda, aunque también consagrada a Dios, pertenecía a lo que hoy llamamos el mundo de los seculares. Sin embargo fue enorme su concurso en la reconstrucción de la mística casa de Dios.

La santidad tiene una fascinación, acerca de Dios y de los hombres, que supera toda fuerza humana, todo humano entendimiento.

Los dos Papas del Concilio, Juan XXIII y Paulo VI, han llamado siempre a todos al deber de la santidad, que es casi el **leit-motif** de muchos de los documentos conciliares. Sin ella, cualquiera de todas las obras de agiornamento correría el riesgo de crear a lo más una bella fachada sin ninguna construcción interior, aunque es el fondo lo que vale y lo que permanece.

Durante los últimos Ejercicios Espirituales predicados en el Vaticano, el predicador, Fr. René Voillaume, durante un día entero en las meditaciones habló de la oración, especialmente de la oración personal, silenciosa y meditativa que el sacerdote, de un modo muy especial, debe, como efusión de su alma, tener ante Jesús Sacramentado. Tal insistencia tiene su valor. Hoy por todas partes se habla mucho y se ora poco: por lo menos no se ora tanto como se habla; y por eso son también tan pocos los que vienen a escucharnos, y si vienen, sacan muy poco provecho de nuestras palabras.

Puede ser verdad lo que afirma George Brown, que uno de los signos más peligrosos de nuestros días, que se encuentra en todos los aspectos de nuestra vida, es que la gente no quiere escuchar. Y tal vez también en lo tocante a nuestra doctrina y ministerio muchos pueden ser contaminados por el virus terrible de no-me-importa-nada. Pero precisamente por esto es hoy tanto más necesario recurrir a Dios que todo lo puede, y sabe mover las inteligencias y los corazones de los hombres.

El señor es nuestra fortaleza y nuestra roca: lo decimos muchas veces orando con los Salmos. Pero si no estamos constantemente unidos al Señor, perdemos la fortaleza, la estabilidad y la seguridad, aunque, para confortarnos, recurramos a consideraciones, que querían exaltar nuestra dignidad humana.

\* \* \*

Deseo concluir estas breves reflexiones sobre la inseguridad del post-concilio examinando y respondiendo a las dificultades que se van repitiendo aquí y allí, con mucha suficiencia y que en cierto sentido socavan, bajo el pretexto científico, la seguridad de que estamos extremadamente necesitados.

He aquí la primera: Porque se está preparando un nuevo Código de Derecho Canónico, algunos piensan que el Código de 1918 está hoy superado, prácticamente que ya no obliga. Otros ante el multiplicarse las leyes nuevas, inevitables en todo período de aggiornamento, se tienen por casi libres en su obrar. Son razonamientos tanto más superficiales cuanto que no tienen en cuenta una verdad cierta: que mientras una ley existe y no es abrogada por la legítima autoridad, mantiene todo su valor. Por otra parte, ¿cuándo estará a punto el nuevo Código? ¿Dentro de cuatro, de cinco años? ¿Tal vez menos? ¿Tal vez más? No se puede decir, aunque la real actividad de laboratorio (o sea, el trabajo del grupo de estudiosos) por parte de la Comisión competente se hace de día en día más apremiante. Ahora bien, la Iglesia no puede permanecer durante todo este tiempo sin una ley, la que, aunque de algún modo deba ser modificada, contribuye al bien de la sociedad y de sus componentes más que lo que ocurriría de otro modo: la arbitrariedad inevitable de cada uno.

Admito que la promulgación de nuevas leyes, especialmente después del Concilio Vaticano II en que se deroga el derecho precedente, deja algo difícil de discernir, en algunos puntos de las leyes actualmente en vigor. Pero es también verdad que el derecho antiguo todavía vigente ha de ser interpretado según el espíritu de equidad y de caridad, al que el Concilio ha dado nuevo vigor. Todo esto no quita valor a la ley existente antes bien pone de relieve el poco estudio con que hoy se interpretan las materias jurídicas y canónicas. Por otra parte entre las jóvenes generaciones no son muchos los que se especializan en profundizar los cánones y ello, con el tiempo disminuirá la aportación que el gobierno de la Iglesia se promete de los especialistas en derecho. Con cuánta oportunidad Paulo VI, en el discurso dirigido recientemente a la S. Rota, ha estimulado a los jóvenes al estudio sobre todo del derecho canónico. El mismo Congreso Internacional de los Canonistas que, por voluntad del Papa, tendrá lugar en

Roma, a partir del 20 de mayo próximo, se espera que contribuirá no sólo a los trabajos de revisión del Código, sino además a una nueva vigorización de los estudios canónicos.

\* \* \*

Otra fuente de inseguridad es la tendencia de atribuir valor de probabilidad (con las consecuencias que se derivan del conocido sistema del probabilismo) a opiniones puramente personales, que desarrollan y difunden con ligereza y superficialidad, cualquier escritor. Igualmente el mismo hecho de que un problema se someta a un cuidadoso estudio por la autoridad competente, algunos piensan que ya esté autorizado aceptarlo con sus consecuencias.

Quien conoce la seriedad con que los moralistas GRAVES Y PRUDENTES tratan semejantes cosas, no puede menos que dolerse de tanta superficialidad.

Imaginad que el Ministerio de la Sanidad diese a una comisión el encargo de examinar una sustancia tóxica para ver cómo y en qué dosis y en qué casos puede ser usada. Quien ingeriese la sustancia tóxica sin conocer el examen y la aprobación de la competente autoridad ¿no sería temerario? El que sufriese las consecuencias nefastas no podría culpar al Ministerio de Sanidad que había ordenado su examen.

Con todo es esto lo que se dice y se propaga y se aconseja por algunos sobre ciertos problemas muy graves, como son los que tocan al orden moral.

Es muy posible que un examen más profundo del problema dará como resultado la confirmación de la doctrina de los principios tradicionales.

¿Y entonces, qué?

En todo caso, hasta que la legítima autoridad no se pronuncie de otro modo, es preciso regirse por las directivas que el magisterio ha dado siempre.

Es una garantía de seguridad: es un criterio que deriva su fuerza de la doctrina y del espíritu del Vaticano II.

**Pericle Card. Felici**

(«Osservatore Romano» 22-3-68)



## Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Mayo 1968

### GENERAL:

Que las discusiones y los esfuerzos por mantener la paz en el mundo se lleven a cabo con una acción sincera y todos los acompañen con una oración fervorosa.

### MISIONAL:

Para que las diferencias sociales y políticas entre los hombres de diverso color sean superadas por la doctrina del evangelio.

# LA DOBLE CORONA

EL P. JOSE M.<sup>a</sup> MURALL, S. J.

## Volver a encontrarse en la misma orilla...

"No vamos a intentar dar a comprender al lector los sentimientos de Sebastián. Haber aspirado siempre al martirio, haberlo impetrado, haber sufrido sus dolores y, de hecho, la muerte, en cuanto representa la pérdida de la conciencia y de la visión del mundo, para luego despertar otra vez, no mártir, sino como, de nuevo, sujeto a la prueba cual otro cualquiera, había de ser, bien seguro, una angustia hartamente mayor que el propio martirio. Algo así como la de un hombre que, en medio de una noche tempestuosa, intentase cruzar un río desbordado, y, tras una denodada lucha contra el fango y las olas, exhausto y maltrecho, volviese a encontrarse en la misma orilla, otra vez en su punto de partida. Tendría alguna semejanza con la prueba de San Pablo, devuelto a la tierra para sufrir el aguijón de Satanás, tras haber visto lo que ojo no vió, y oído lo que nadie pudo escuchar. Mas, aun y así, no escapó de él murmuración ninguna, ni la menor queja. Adoró en silencio la Voluntad divina, esperando humildemente que su propósito no podía ser otro que el de otorgarle la gracia de una doble corona..."

En su maravillosa novela —que hoy hace sonreír, quizá, en su autosuficiencia, a muchos, pero que será siempre la quintaesencia de la novela cristiana—, en su jugosa "Fabiola", describe así el santo Cardenal Wiseman la epopeya del martirio de San Sebastián, cuando vuelve en sí, tras el cruento martirio, en el lecho que le han deparado sus fieles, encontrándose de nuevo en la tierra, no en el cielo, y habiendo escapado, siquiera por el momento, la ansiada palma.

## "Apasionado del olvido..."

A la debida distancia, sin que ello prejuzgue —lejos de nosotros tal temeridad, que, además, sería pedantería— ningún avance en el sentir y en el juzgar una materia que está bien reservada a la Iglesia, osamos aplicar estas bellísimas líneas a un Padre, tantas veces vinculado con nuestra Casa —con "Schola", con "Cristiandad"—, al Padre José M. Murall que tantos hemos conocido.

Porque este Padre, como ahora, en ocasión de su tránsito, volverá a ser recordado —él se encargó, "apa-

sionado del olvido" como Santa Teresa del Niño Jesús, de silenciarse—, sufrió el martirio, martirio auténtico y cruento, y, como el gran santo romano salió de él, no para despertar en el cielo, sino para hallarse, de nuevo, en la tierra. Las circunstancias son de muchos aún sobradamente conocidas, y las recuerda, en líneas de singular unción —que deseáramos fuesen gustados por nuestros lectores— en el reciente Boletín núm. 192 (enero-febrero), "Noticias de la Provincia Tarraconense, S. I.", en preciosísimo artículo biográfico, el Padre Francisco de P. Solá. Los detalles, que nos repite y recuerda, no dejan lugar a duda sobre la autenticidad del martirio: entendido por tal, en su precisa acepción, esto es, dar la vida por Cristo, categóricamente expresado y demostrado por las circunstancias del mismo y del de sus tres compañeros —que le precedieron en la Gloria— PP. Cots y Romá y Hermano Iriondo, ante sus perseguidores y verdugos.

Por desgracia, y debido a tendencias, prejuicios e ideologías hartamente conocidas y cansinamente reiteradas, los martirios registrados en circunstancias de guerras o luchas políticas, son unas veces discutidos, otras silenciados: existe una especie de conspiración de respeto humano alrededor de estos hechos, que degenera en verdadera tontería si se atiende que no lo ha entendido así el testimonio de las más altas Jerarquías, comenzando por las solemnes declaraciones del inmortal Pío XI al respecto.

De otra parte, si la Providencia permite que, tantas veces, muchos mártires y confesores de Cristo hayan quedado silenciados, con la excusa de que en su martirio hay quien teme se mezclen otras facetas debido a circunstancias y avatares de la época, obedece, a nuestro entender, a dos razones, las dos a la vez para nuestra edificación y nuestra humillación. La primera y más importante, ya que es una razón concluyente y sobrenaturalista, es la que mayor enseñanza incuba. Toda glorificación, en la tierra, de un siervo del Señor, es, en definitiva, **gloriosa** —valga la repetición— tan sólo en beneficio nuestro, de nosotros, pobres viadores que aquí abajo hemos quedado. A ellos, a los que gozan de la Gloria, infinitamente superior a los millones de Galaxias del Universo y de sus años de luz: ¿qué puede representarles un pobre fausto terrenal, incluso llegado

el máximo caso, la misma iluminación de la Cúpula de San Pedro? Risa da ponderarlo. Si no es por el milagro de caridad que une a los habitantes de la sublime Iglesia triunfante con los de la pobre Iglesia militante: ¿qué representan para ellos, qué caso pueden conceder a las luminarias de unas antorchas y de unos kilovatios, incluso a lo que llamamos la gloria del Bernini, aquellos que gozan de Dios? ¿Qué podemos añadir nosotros, pobres hormigas, a su infinita magnificación?

La segunda razón no es menos concluyente, en cuanto se refiere, precisamente, y humilla de una vez la tontería humana y los respetos "intelectuales" de muchos que se creen sabios. Porque éstos (olvidando que Dios se manifiesta a los pequeños y desdeña a los presuntuosos) se agarran a cualquier circunstancia, a cualquier incidencia política, para discutir, en seguida, la pureza de tal o cual martirio... Es su "crítica". Mas, cuán profunda ignorancia! Porque, ¡cuán flojos andamos todos en conocimientos de la verdadera crítica histórica, tan cacareada! Pues qué: ¿es que los santos mártires de los tres primeros siglos que ornamentan, en gran mayoría, el año litúrgico, no fueron llevados al patíbulo, casi siempre, bajo el peso y pretexto de una calumnia política —raras veces con franca acusación religiosa— tal como la de ser enemigo del César, súbdito infiel del Imperio, y de mil otras calumnias, innobles zarandajas? Buen cuidado tuvo siempre el Infierno en ocultar, enredar, camuflar sus persecuciones bajo todos los tintes y añagazas para ensuciar la memoria de quienes dieron su sangre por Cristo. Ya deberíamos estar todos, harto de vuelta de tan rebosada cuestión —sobre todo tantos bien intencionados cristianos como en el extranjero proliferan—, y de un modo especial, en nuestra Barcelona, que ofrece la memoria insigne —de la que muchos aún somos humildísimos, pero no por é ello menos autorizados testimonios— del Obispo Mártir, modelo en su clase, bien altamente reconocida (como antes decíamos) por Pío XI: el Santo Doctor Irurita. Barcelona tuvo un Pastor auténtico, que no abandonó el aprisco, hasta para dar su vida por sus ovejas; y ahora éstas le silencian.

**"... y que de sus visitas y trato se saliese siempre con un poco más de amor a Dios..."**

Quien lea —repetimos— la maravillosa biografía del Padre Murall, antes citada, debida al Padre Solá, comprenderá bien el designio del Señor de concederle una doble Corona: esta vez la de mártir primero, y la de confesor después. Tanto más cuanto que las líneas del Padre Solá son una revelación, incluso para los que creíamos conocer tanto a nuestro venerado Padre.

Este Padre que todos hemos conocido, manso y

lleno de comprensión que tanto hemos gustado, había sido elegido por el santo y extraordinario General de la Compañía —que algunos hemos tratado— Wladimiro Ledochovsky, en plena juventud, precisamente por sus antiguas tremendas dotes de energía y decisión, por su férreo carácter personal. En vísperas de la dispersión, aquel excepcional General, adivinó en el indomable Padre Murall el Capitán digno de hacerse cargo de una Provincialía abocada a las peores luchas y situaciones. Y su gallardía y su audacia, de soldado rudo de Cristo, culminan en su martirio dn 1936 del que escapa, como Sebastián, sin alcanzar momentáneamente su primera Corona. Y aquí, en este momento, que marca una cúspide en su existencia, se precisa la revelación del Padre Solá:

"La vida del Padre Murall tomó entonces una trayectoria enteramente distinta. Parecía como si su carácter hubiera cambiado por completo... La huella que todos aquellos acontecimientos dejaron en su alma y en su carácter fue indeleble. Ya no volvió a ser el Padre Murall de antes. Estaba transformado... Era el hombre comprensivo, indulgente con las miserias humanas... Un hombre de espíritu tan sobrenatural, no es de maravillar que dejase subyugados a cuantos le trataban, y que de sus visitas y trato se saliese siempre con un poco más de amor a Dios y a Cristo o a la Virgen de quien tan devoto era, como lo era igualmente del Sagrado Corazón de Jesús. Por esto todos le amaban."

¡Feliz fracaso el del primer martirio!, osamos exclamar nosotros. Porque, ahora sí, tenemos su misericordiosísima explicación. Fue "propter nos, et propter nostra salutem" —siempre hablamos a distancia infinitas—, que Dios retuvo en esta tierra al Padre. Armado de los carismas inefables de su primer mérito, le dispuso toda una segunda, y nada corta vida, para que pudiese ejercer, en nuestras almas, en las almas de sus ovejas, su providencial misión. La primera vida del Padre Murall fue la de mártir, hasta 1936. Luego comenzó la de confesor. Y para hacerlo más patente, vemos que **era otro Padre Murall**. Antes el soldado; ahora el consolador. Y ambas misiones retratadas en contrastadas fisonomías espirituales.

Y a nosotros, los que tanto bien hemos recibido en esta segunda parte, nos toca revivir su segunda vida, y admirar la conquista de su segunda corona; pero no debemos acabar estas líneas sin un pensamiento que nos sugiere "La Historia de un Alma", de Santa Teresa del Niño Jesús: y es el ponderar ¡a qué precio! las almas santos han conquistado de Dios el poder de hacer el bien. Algo nos manifiesta, sobre ello, el Padre Solá, en su piadosa exégesis de las pruebas a que fue sometido nuestro bendito Padre, no sólo antes, sino también después de su martirio. Tampoco su segunda corona

fue una conquista fácil. ¡Aquí haría falta la pluma de un Wiseman para cantarla!

### El Padre Murall, "Schola" y "Cristiandad"

Antes de seguir hablando de él (dediquemos —pues estamos obligados a ello— capítulo preferente al recuerdo del vivo contacto del Padre con nuestra casa. Hagámoslo brevemente.

Ya en los tiempos que donosamente el Padre Orlandis, apellidaba "Prehistoria" de "Cristindad" (ver nuestro número 5, de 1.º junio 1944), cuando, allá en los años treinta, nuestro juvenil grupo inicial se había establecido, en forma harto bohemia, en una casi buhardilla de la calle de Balmes —ciento diez escalones—, nos había visitado como Provincial, y, como tal, animado y comprendido.

Pasaron los años, y con ellos los avatares, el martirio. Llega 1944, y regresa de Palma de Mallorca, después de 5 años de Superior allí. Inicia un contacto intenso con nosotros, especialmente cuando, en 1949 pasa a la Residencia del Sagrado Corazón en Barcelona, y se hace cargo del Apostolado de la Oración, del que también fue Director de la Sección de Señoras. Aun alguna de ellas nos recuerda su solicitud, cuando en una tanda de Ejercicios le recomendaba, en original y cariñoso estímulo, tanto más en él que era el orden y el método personificados: "Yo aquí procuraré ser menos ordenado; en cambio, sé tú más curiosa". Y Cuidador de la Comunidad de Hijas de San José, también muy vinculadas a nosotros.

Pero culmina el citado contacto con los años en que estuvo constituido Censor de nuestra Revista, y en las muchas horas que pasara en nuestro mismo piso, conviviendo con el Padre Orlandis. ¡Se podría decir tanto, nos hemos enriquecido tanto (más de lo que creemos) de la relación de ambos Padres predestinados! Mentiríamos si dijésemos que andaban siempre de acuerdo! ¿Es que las almas santas, precisamente por ello, son menos geniales, menos personales, cuando es cosa tan sabida que la Gracia no destruye la naturaleza? ¡Ah! Precisamente la santidad y la predestinación son todo lo opuesto al gregarismo. A distancia infinita, es aleccionador el ejemplo de Pablo y de Bernabé. Cada uno su carácter, su inspiración, su genio, sus carismas, y si no siempre concordantes, siempre, empero, fecundos en sus mismos roces. Y jamás hemos oído cosas tan bellas de nuestro Fundador, el Padre Orlandis, como de quien fuera otrora su discípulo, el Padre Murall, grande exégeta, profundo comentador suyo. En 24 de julio de 1958 pronunció éste una conferencia sobre la obra de aquél, titulándole nada menos que "El mejor comentador de los Ejercicios Espirituales después del Padre

La Palma". Cuando un hombre como el Padre Murall, modelo de circunspección de equilibrio, llega a tal afirmación, huelga extenderse en el grado de veneración en que le tendría. En 20 y 27 de octubre del mismo año, otras dos conferencias, verdaderas sesiones necrológicas del Padre: "La Devoción al Corazón de Jesús en los Ejercicios de S. Ignacio según la mente del Padre Orlandis" y "El Progreso de la Devoción al Sagrado Corazón de Jesús en Pío XII".

Esta colaboración del Padre Murall llenaría un número entero. No disponemos de más espacio si, como anhelamos, hemos de hablar de él.

### Alter Christus. — Espejo puro de Cristo

Hablar dignamente de él: ¿es posible? Hagámoslo acudiendo, simple y espontáneamente, a su recuerdo, y a lo que hemos visto en tantas almas sencillas que en él tomaban consuelo.

Es de catecismo —y esto los que lo comprenden mejor son los humildes, que tanto nos enseñan —que la santidad consiste, sencillamente, en parecerse a Dios. El santo es el espejo deparado por la Providencia para hacernos llegar los rayos de la luz divina a tantos que no somos, ni dignos, ni capaces de recibirlos directamente. Es una maravillosa cascada de la gracia, un escalonamiento de los seres en el Niágara espumante y blanco de la misericordia divina, que va reflejándose hasta alegrarlo todo, hasta lo más bajo como la luz del sol.

Y aquí admiramos un claro fenómeno de lo que podríamos llamar física sobrenatural.

Tanto más perfecto es un espejo, cuanto menos es. El más perfecto espejo es aquel que, con bruñida superficie, ya no posee nada propio, queda invisible por hacerse pura transparencia, haciéndose digno de retransmitir, intactos, los rayos de la gracia.

Esto fue el Padre Murall. Porque, como tan bien advierte el Padre Solá, en su segunda vida, ya no era él: "Ya no soy yo quien vivo, sino Cristo quien vive en mí". Y, para ser mejor el espejo de Cristo, coincidía con El en las señales, en los estigmas de su Pasión.

Por dicha razón tenían algún sabor de Betania las visitas que le hacíamos. Bastaba que apareciese el Padre, cuando acudíamos a él en el Locutorio o en el Confesonario, bastaba verle, siquiera de lejos, para sentir cómo nos pasaban todos los males. A distancia infinita, recordábamos aquellos episodios, que el Evangelio nos narra con tan inefable sencillez, y a veces con detalles tan íntimos, tan ingenuos. Nos viene aquí a la memoria cuando le anuncian a la afligida María la llegada del Señor:

"Dicho esto, fuese, y llamó secretamente a María

su hermana, diciéndole: Está aquí el Maestro, y te llama. Apenas ella oyó esto, se levantó apresuradamente y fue a encontrarle: porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que aun estaba en el mismo sitio en que María le había salido a recibir (Joh. 11-28)."

De alguna manera, aun cuando a distancia inmensa, parecíamos ver reproducirse Betania. También nosotros creíamos ver y oír a Jesús cuando nos anunciaban: "está aquí el Padre Murall y os espera". Como decíamos antes, si en el espejo creemos ver, y vemos realmente al Sol, así también, incluso físicamente, en el Padre Murall veíamos reflejarse a Jesús.

Y no se nos ocurre añadir, a esto, nada más.

### Un aleluya cantado sin convicción

En alguna forma —como a menudo gusta manifestarse Dios— nosotros, las ovejas, debíamos contribuir, siquiera ínfimamente, por la vía del dolor, a hacernos dignos de la abundancia de dones que debemos a nuestro Padre. Y fue al saber de su muerte, cuya noticia nos llegó en la forma más inesperada y brutal. El viejo soldado, el que hasta su martirio fue rudo y valiente operario, murió, significativamente, el 3 de febrero ppdo., en pleno acto de servicio, haciéndose digno una vez más de la confianza que le depositara el Padre Ledochowsky. Nunca había querido cuidarse; se arrastraba materialmente en medio de su vejez y de sus achaques, siempre con sus eternos ánimos y sonrisa. Y, sin darse cuenta, en medio del trabajo que desarrollaba, se halló ante la Faz de Cristo que le llamaba: "¡Sube!"

Al día siguiente, y en la Misa concelebrada, luego que nos habló un antiguo discípulo suyo de Mallorca —recordándonos que allí le llamaban "el Superior santo"—, se nos invitó a cantar el "Aleluya". Jamás un aleluya ha sido cantado con tan poca convicción sensible. Cuantos allí éramos de poca fe, hubimos de agarrarnos a ella, y quizá este sufrimiento nos fue deparado para que fuésemos, a distancia inmensa, dignos de asistir a la gloria de quien tanto había sufrido, a la gloria de un mártir. Porque sabíamos que ya no podíamos esperar a oír más aquel: "El Padre Murall os espera". De algún modo se nos escapaba la queja del "...Y dejas, Pastor Santo..."

Mas la Providencia había de depararnos el consuelo de su Legado póstumo.

### Doble Epístola, doble espíritu, doble corona

Nos manifiesta el Padre Solá que, en el día de su muerte, pocas horas antes de ella, el hermano que le

ayudaba en la Misa, notó lloraba durante la Epístola. Era —¿puede haber nada más significativo?— la Misa de los Mártires del Japón. Dice el Padre Solá: "... notó que se emocionaba, y le corrían las lágrimas cuando leyó las palabras de San Pablo, que tan perfectamente se le adaptaban como Mártir que había sido de la Fe: "Pero a mí jamás me acaezca gloriarme de otra cosa, sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado en mí, y yo para el mundo... Por lo demás, nadie me moleste en adelante **ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto**. Que equivale a decir: **conservo las cicatrices de mis sufrimientos por Cristo**. En aquellos momentos, no hay duda que el Padre Murall se sentía **unido** a Cristo, **invadido** por Cristo, **compenetrado** con Cristo. ¡Cómo se debieron entender Cristo y él en aquella última Misa!"

Esto es hermosísimo y maravilloso. Es su glorificación. Pero, ¿y nosotros? ¿Y nosotros?, pensamos los que quedamos, aquí abajo, en nuestra pobreza, en la tristeza de nuestro hasta legítimo egoísmo de huérfanos. ¿Qué nos queda?

Sin ser dignos de paragonarnos a Elíseo, osando imitarle, espectadores, quedamos tristes. Contentos, sí, de su gloria, pero indigentes, suplicantes. Indignos, repetimos, ¿dignará nuestro Elías acordarse de nosotros, y cubrirnos **con su doble espíritu**? Invocando su doble corona, ¿obtendremos de él, de sus riquezas duplicadas, la gracia que el gran Profeta asunto concedió a su fiel discípulo?

La misericordiosísima providencia del Padre no se hizo esperar en su respuesta.

Aquella Epístola correspondía al Padre, y sólo a él, a su glorificación, como Mártir. El lloró legítimamente: era la primera llamada de Dios, que tres horas después lo arrebatara. Y lo llenaba de El. Mas en ella, nosotros, las pobres ovejas, nada tenemos, sino es la infinita alegría de verle entrar triunfante, recompensado, en el divino Regazo.

Pero el Padre no en vano, como ha sido objeto de este artículo, no en vano, repetimos, y "propter nos et propter nostra salutem", quedó en la tierra, y tardó treinta años en alcanzar esta meta inefable, conquistando una segunda Corona. Más corona, cuya razón de ser, en los infinitamente grandes caminos del Señor, somos nosotros, sus ovejas, y la salud de las mismas. Al Mártir, su gloria inaccesible. Al Confesor —una segunda vida, **un segundo y doble espíritu** un poco a semejanza de Elías— una gloria, accesible ésta, convertida en catarata de gracias para sus hijos, que aquí quedan. Y esto dignó hacérselo patente el Padre. Porque, con admirable significación, hemos visto que, a su doble Corona, a su doble espíritu, corresponde, mara-

villosamente, una segunda Epístola. La primera provocó las lágrimas del Padre; la segunda ha provocado las nuestras.

El día 9 de febrero, la Epístola litúrgica para la Compañía de Jesús de la que el Padre Murall fuera Adelantado distinguido, corresponde a un Mártir —mártires del Japón, además, por si fuera poco, con ciertas analogías con el martirio y con los compañeros del Padre—. Pero existe además la Epístola de la liturgia ordinaria que precisamente es la de la Misa "Sacerdotes Dei", propia de la festividad del día de San Blas, a su vez Obispo y mártir. ¡Una segunda Epístola! ¡En aquel mismo día!

Y esta segunda Epístola cuadra perfectamente con la segunda vida, con el segundo espíritu, con la segunda Corona del Padre Murall. Por cuanto esta Epístola, consoladora sobre todas, explica su misión, el porqué de su interrumpido martirio (del que, sin embargo, sus treinta años sucesivos no fueron sino continuación al servir, para sus ovejas, de espejo fiel de Cristo y transmisor suyo). Y las ovejas suyas, fieles, que tanto recibimos de él en vida, lo testificamos y damos fe. Él transformó su padecimientos abundantes en Cristo, en la abundancia de nuestra consolación. Aquí, por la boca

siempre inefable de San Pablo, nos comunica que, si fue atribulado, lo fue por nuestro consuelo; y, tantas cuantas veces fue consolado, también como Padre, lo fue primordialmente para poder transmitirnos, más vívida, toda consolación. Y así nosotros, hijos y razón de su doble Corona, podemos exclamar y repetir con él esta segunda Epístola del día de su santa muerte, y que es la Epístola que parece como expresión y bendición del Padre sobre nosotros.

"Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre las misericordias de Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que podamos consolar nosotros a todos los atribulados con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así por Cristo abunda nuestra consolación. Pues si somos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; si somos consolados, es por vuestro consuelo, que se muestra eficaz en la tolerancia de los mismos trabajos que nosotros padecemos; y es firme nuestra esperanza en vosotros, sabiendo que así como participastéis de nuestros padecimientos, así también participáis en los consuelos, en Jesucristo, nuestro Señor" (II, Cor. 1, 3-7).

**LUIS CREUS VIDAL**

## CURRICULUM VITAE

del P. José M.<sup>a</sup> Murall, S. J.

Nació en Tortosa en 17 noviembre 1889.

Ingresó en el Seminario en 1907.

En 1907, terminado el primer Curso de filosofía, entra en la Compañía de Jesús, en el Noviciado de Gandía.

Tres años de juniorado, tres de Filosofía, cuatro de maestrillo en Barcelona, cuatro de teología, tercera probación y bienio de derecho canónico.

Ordenación sacerdotal en Manresa en 1922.

En plena juventud, en 28 julio 1930, contando por tanto solamente 41 años, es nombrado Provincial de Aragón (que comprendía asimismo Cataluña, Valencia y Baleares).

Fine su mandato en 16 de julio de 1936.

Cinco días más tarde, hallándose en la casa que la Compañía, en su dispersión, tenía en la Bonanova, fue detenido con netas circunstancias de persecución y martirio, en compañía de los PP. Cots, Romá y Hno. Iriondo. Conducidos a la Rabassada fueron fusilados. Escapado milagrosamente, herido, fue

conducido a una clínica, y de allí se refugió en casa particular. Pudo salir de España en 15 septiembre 1939.

Desde el 21 septiembre 1937 profesó Moral y Pastoral en San Remo (Italia).

En 15 agosto 1939 fue nombrado Rector del Colegio de Montesión en Palma de Mallorca.

En 8 septiembre 1944 vuelve a la Facultad de Teología con distintas profesiones.

En 1949 pasa a la Residencia del Sgdo. Corazón de Barcelona (calle Caspe), haciéndose cargo del Apostolado de la Oración y Censor de CRISTIANDAD, además de diversos ministerios, entre los cuales señalamos el de Director espiritual del Seminario.

En 1961 pasa a Valencia, a la casa Profesa.

En 1966 vuelve a San Cugat, donde, a pesar de sus enfermedades, sigue en plena actividad.

En 1967 se traslada a la casa de Ejercicios de Sarriá.

El 3 de febrero de 1968 es el día de su santa muerte.

## A JESÚS CRUCIFICADO

Aquí me tienes, mi Señor, postrado,  
mirando con espanto tu figura.  
Tú, que resumes toda la hermosura,  
hecho una llaga y en la Cruz clavado.

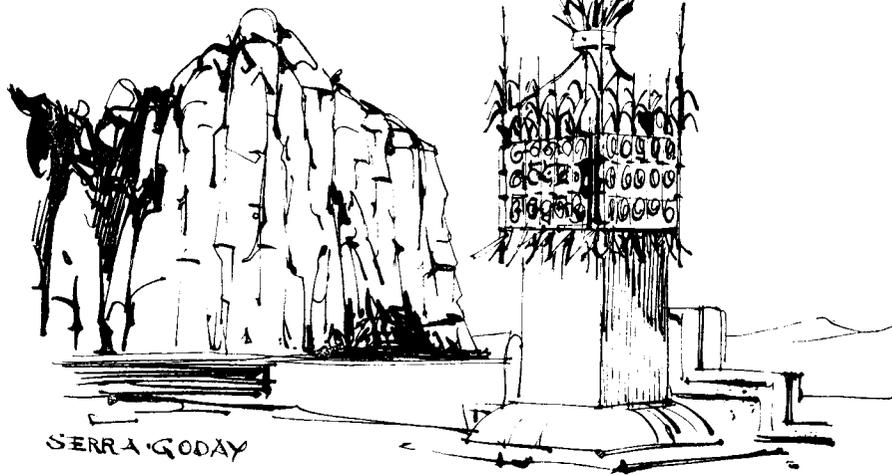
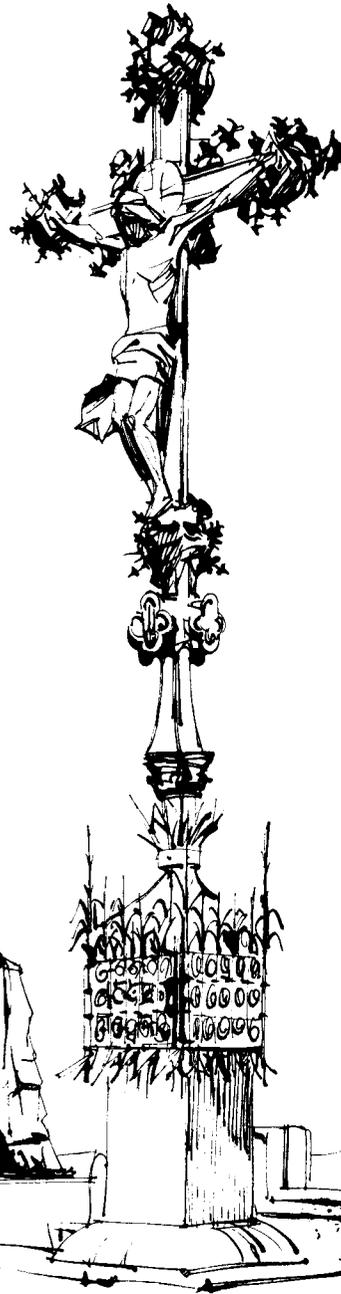
Víctima del Amor te has inmolado,  
haciéndote pasar por criatura,  
y Tú, que eres de Dios la imagen pura,  
a morir como un hombre condenado.

Hiere mi corazón con tus dolores,  
hiérole sin piedad, como enemigo,  
y abráseme la sed de tus ardores.

Porque yo tengo por mi gran castigo  
que sepa tu Verdad y tus Amores  
y no me muera en un morir Contigo.

**Santiago Arellano**

Abril 1968



# EXPRESIONES NUEVAS DE REALIDADES ANTIGUAS

El Concilio Vaticano II no ha sido una “ruptura” con la antigua tradición cristiana, ni con el anterior Magisterio de la Iglesia. Lo ha dicho con repetida insistencia Su Santidad el Papa Paulo VI.

Cierto que el Concilio nos ha enseñado con luminosa claridad las verdades de orden dogmático y las de orden pastoral que han de guiar las mentes de todos los hijos de la Iglesia, y a la misma Iglesia en su misión perenne de continuar la misión salvífica de Cristo, en bien de todos los hombres.

Pero propiamente no son cosas nuevas; son continuación, aclaración y adaptación del precedente Magisterio Eclesiástico, a las necesidades de la época actual; son la magnífica expresión, hecha en lenguaje más inteligible para los hombres de hoy, de las realidades de ayer, de las realidades antiguas; son las verdades antiguamente vividas, empero presentadas en formas de más fácil acceso a la mentalidad moderna. Es decir, las realida-

des antiguas, renovadas con rejuvenecimiento esperanzador.

De entre estas realidades antiguas, que nos presenta el Concilio con expresiones nuevas, vamos a escoger tres, por vía de ejemplo:

Acción ecuménica de la Iglesia.

Vuelta a la fuente de la Sagrada Escritura.

Culto a la Madre del Divino Salvador.

Y lo vamos a hacer, no ofreciendo los pobres frutos de nuestra pobre tierra; sino con las palabras mismas del agregio Perito del Vaticano II, y eminente historiador, y artista de la divulgación de la Historia de la Iglesia, Daniel Rops, a quien llamó recientemente el Señor, para darle, como piadosamente podemos pensar, el merecido premio de su gran labor apologética de la Iglesia de Cristo.

Lo tomamos todo de su precioso volumen “La Iglesia de la Catedral y de la Cruzada”; y anotamos las páginas.

## I LA ACCIÓN ECUMÉNICA DE LA IGLESIA

Si la Europa cristiana (en los grandes siglos cristianos) tenía la sensación de que constituía una verdadera unidad, era porque un orden superior se imponía a todos los hombres que la constituían. Unidad de hecho, unidad de principios. Todo iba a la paz; y la causa de todo ello era una sola: la profunda influencia de la Fe cristiana, y la acción decisiva de la Iglesia.

El Cristianismo obtenía así el fruto de los esfuerzos, seis veces seculares, realizados por los cristianos. Durante el gran peligro, la Iglesia había asumido con tanto acierto los destinos del Mundo, que nadie pensaba en recusar su autoridad. Había hecho reconocer sus preceptos, como los de la Civilización. Sus hombres eran eficaces por todas partes. Aparecía verdaderamente como la guía de las naciones. Daba a todos los hombres el sentido de su comunidad y de su destino. Cuando les enseñaba que todos eran hijos de Dios, redimidos todos por la Sangre de Cristo, les imponía la condición de que todos estaban ligados entre sí, por encima de todos los antagonismos de intereses. Existía, pues, una solidaridad (diríamos ahora un Ecumenismo) que el buen poeta Ruteboeuf definió tan acertadamente en tres versos sencillos y profundos:

En Jesucristo todos son un Cuerpo;  
Y en este texto voy a demostraros  
Que todos son miembros de Aquél.

Les daba también otra cosa: el sentido de la vida y del esfuerzo humano. Cada cual sabía que allí donde Dios le había colocado en la tierra, tenía una tarea definida que cumplir, con vistas a un fin perfectamente claro. Cada cual, pues, podía situarse en unas estrictas jerarquías, y trabajar durante toda su existencia, pues tenía la certidumbre de colaborar en una gran obra que le superaba. El Universo aparecía a los hombres de entonces como un vasto conjunto, previsto y ordenado por una Potencia superior, y en el que, por consiguiente, nada podía ser absurdo y vano. Y para la sociedad humana, saber hacia lo que tiende es una gran cosa.

Durante tres siglos, se iba, pues, a tratar de llevar a la realidad la concepción agustiniana, tal y como la planteó el Genio de Hipona. La “Ciudad de la Tierra” iba a adquirir su sentido, en función de la “Ciudad de Dios”, que aquélla preparaba. Todos los bautizados constituían ya, sobre la Tierra, una entidad viva, fraterna, armonizada por unos mismos principios, y unida en un mismo esfuerzo. Desde entonces esta entidad tuvo un nombre para designarla; se llamó la “Cristiandad”.

Y ¿qué era la “Cristiandad?”, en el momento en que alcanzó su pleno desarrollo en el siglo XII? Pueden darse de ella dos definiciones, por otra parte solidarias, según que se mire al Cielo o a la Tierra. En sentido amplio, la Cristiandad era el conjunto de los hombres regenerados en Cristo, y que aspiraban a su Reino; en

sentido estricto, era la Sociedad de los cristianos, en cuanto vivían en la Tierra, y perseguían fines temporales; pero admitiendo que estos fines habían de superarse por sí mismos, y perfeccionarse en Dios. La Cristiandad era, pues, un Pueblo; la Raza que había nacido de Cristo, que se alimentaba de él, y se saciaba con su Sangre. Era una "Nación", una Comunidad que no necesitaba estar ligada con un marco geográfico, pero en cuyo interior todos se sentían en su casa. Era una Sociedad, "Populus christianus", en la que todas las desigualdades sociales y profesionales habrían de resolverse en una misma armonía. La idea de Cristiandad impuso, pues, a todos los bautizados el sentido de su profunda unidad.

Cierto que aquel hermoso sueño no pudo lograrse nunca en su plenitud; y que su despertar fue cruel. Es que el Reino de Dios no es de este mundo; y la herida del pecado vicia las obras de acá abajo. Pero también es verdad que aquella idea de una Cristiandad que realizara, ya en la Tierra, la posesión del Cielo, elevó a generaciones enteras por encima de sí mismas; hizo vivir a los cristianos con más profundidad cristiana, y promovió obras grandiosas. ¿Puede hablarse así de sueño, cuando se han logrado semejantes resultados? Pues, ¿qué

son en definitiva las grandes obras del hombre, sino sueños realizados por la voluntad, el sacrificio y la fe? Que entonces precisamente se realizan, cuando no se las pretende por sí mismas, según aquello: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia; y todo lo demás se os dará por añadidura" (págs. 38-42).

Toda la Sociedad iba a estar, literalmente, dominada por la Fe cristiana; ella, la base de todo. Y esto, justamente, porque los hombres creían en el Evangelio. Nada o casi nada de lo que en aquella época debía realizarse, se puede apreciar exactamente sino en función de los principios evangélicos. Cada hombre se sentía "teñido" con la Sangre de Cristo; y, en conclusión, todo lo que había en el hombre llevaba el signo de la Cruz (pág. 98).

Tenemos aquí a la acción moral del Cristianismo, hecho decisivo de aquel período. Y precisamente por ser católico, es decir "universal", suscitó también en la Sociedad aquel deseo de expansión, aquella voluntad de conquista para Dios, que había de traducirse, tanto en las luchas de la "Reconquista" de España, como en las Misiones de San Francisco, de Raimundo Lulio o de Juan de Biandell Carpine; y, sobre todo, en aquella epopeya, única en su especie, y repetida durante casi dos siglos, que fue la Cruzada (pág. 99).

## II. LA VUELTA A LA FUENTE DE LA SAGRADA ESCRITURA

El primer rasgo, el más esencial, de la Religión cristiana en los grandes siglos de la Edad Media, fue su carácter eminentemente escriturista. La Sagrada Escritura, la Biblia, fue conocida por la mayoría, sin ninguna duda, al menos en sus líneas generales. Naturalmente que en los Conventos y en las Universidades, se leyeron muchas otras cosas, especialmente los Padres de la Iglesia, y, sobre todo, San Agustín. Pero lo que conocía el conjunto del Pueblo creyente era el Evangelio, que es el mismo Cristo, enseñado y manifestado; era el resto del Nuevo Testamento, que evocaba los comienzos de la Historia cristiana; y que por el Apocalipsis, desembocaba en la misteriosa aurora del más allá. Y era el Antiguo Testamento; porque, según una concepción heredada de los Padres de la Iglesia, y universalmente difundida, sus personajes y sus episodios eran el anuncio profético, la prefiguración del Nuevo.

La prueba de que los cristianos de la Edad Media conocían la Escritura Sagrada, nos la da la escultura y las vidrieras de las Catedrales. ¿Para qué iban los maestros constructores a haber multiplicado las páginas de aquellas "Biblias de piedra", de aquellos "Evangelios transparentes", si los usuarios del edificio no hubieran visto en todo ello más que jeroglíficos? Se ha dicho que la Catedral hablaba al analfabeto; pero hay que reconocer que éste era capaz de entender su lenguaje.

Y la Sagrada Escritura era conocida, porque era estudiada y enseñada. Y no solamente en los Conventos, en donde, según la Regla de San Benito, la "lectio divina", de la cual constituía la Biblia lo esencial, había de ocupar un tercio de la jornada. Ni tan sólo entre los especialistas, los intelectuales, que la asimilaban hasta el punto de que — y esto es impresionante en San Bernardo —, su pensamiento se amoldaba al marco de los dos Testamentos, y de que su mismo estilo se impregnaba de giros bíblicos.

Pero el texto santo no estaba reservado para los Clérigos que sabían latín. Algunos Feudales, amigos de las letras, se hacían traducir las partes que más les interesaban; como hizo Balduino de Ardres y Guines, en el siglo XII, con el Cantar de los Cantares, que tanto le embelesaba. Las traducciones de la Biblia se multiplicaron entre el siglo XI y el XIII. Hacia el 1100 se tradujeron al francés los Cuatro Libros de los Reyes; y hacia el 1150, se vertieron al anglo-normando los Proverbios de Salomón; a los que siguieron muy pronto los célebres "Salterios" de Oxford y Cambridge.

Resulta, pues, que donde primero bebió su Fe el Pueblo cristiano de la Edad Media, fue en la misma Escritura, en la Palabra de Dios; y esto nos explica, sin duda, que aquella Fe fuera tan fresca y tan viva (págs. 59, 60).

### III. EL CULTO A LA MADRE DE CRISTO

Otro gran aspecto de la Religión medieval fue la enorme importancia que tuvo en ella el Culto a la Madre de Dios, María. No se trata, como se ha pretendido, de una invención de aquel tiempo, que algunos han denunciado como "Mariolatría". La devoción a la Virgen, nacida en los orígenes de la Iglesia, no había cesado de crecer en el curso de los siglos, en especial en Oriente, en donde la ultrajante actitud de Nestorio había provocado, por reacción, un gran aumento de fervor hacia Ella.

Pero en Occidente, a partir del siglo XI, surgió una verdadera corriente de amor hacia la Madre de Jesús. ¿Por qué? Pues por la misma razón que promovió la devoción a la Sagrada Humanidad de Cristo; y por el deseo del hombre de tener Mediadores entre la soberana Majestad de Dios, y él. ¿Quién podría interceder junto al Hijo, mejor que su Madre? En todo caso, el Culto de María estuvo estrictamente asociado al de Jesús. "Toda la alabanza de la Madre, pertenece al Hijo", escribió San Bernardo. Y Conrado de Sajonia agregó: "Para alabar a Nuestro Señor, nada mejor que alabar a su gloriosísima y dulcísima Madre".

Se suele enlazar esta corriente Mariana con la acción de San Bernardo, con las enseñanzas de San Buenaventura, y con las predicaciones de las Órdenes Mendicantes. Pero en realidad, apenas hubo personalidad espiritual de aquellos tres siglos que no trabajase por reforzarla y difundirla. Habría que citar sucesivamente a San Anselmo, a su discípulo Eadmer, a los Maestros de la Abadía de San Víctor, de París, Ricardo y Adán; a los Premostratenses Felipe de Buena Esperanza y al Beato Hermano José; a San Francisco, a Santo Domingo, y a muchos otros, para atribuir a cada cual lo que se merece. Pero si queremos captar en lo vivo los sentimientos de los siglos XII y XIII, para con la Virgen, basta con que recurramos a los "Sermones" de San Bernardo; o al "Espejo de la Bienaventurada Virgen María", de Conrado de Sajonia; o también a aquella verdadera "Summa" Mariana, que Ricardo de Saint-Laurent escribió en sus doce Libros sobre "Las Alabanzas de la Bienaventurada Virgen María".

Aquella fue la época en que se compusieron las antifonas "Salve, Regina", y "Alma Redemptoris Mater"; la primera quizá por el Obispo de Puy, Ademaro de Monte, el adalid de la primera Cruzada (sabido es que los Cruzados la cantaron al entrar en Jerusalén); a no ser que la compusiera, ya medio siglo antes, San Pedro de Mesonzo, Obispo de Santiago de Compostela. La otra, "Alma Redemptoris Mater", fue obra del monje de Reichenau, Hermann Contract.

Fue aquella la época en que los Cistercienses extendieron la costumbre de llamar a María "Nuestra Señora"; y en que los juglares y trovadores cantaban los milagros que se le atribuían. Y aquella fue, sobre todo, la época en la que el "Ave María" se empezó a difundir en el pueblo cristiano; y en la que muy pronto había de nacer el Rosario. Fue aquel el tiempo (y no cabe decirlo todo en esta materia), en el que la Fiesta de la Inmaculada Concepción, admitida ya en Irlanda desde el siglo IX, ganó a Inglaterra en el XI; y desde allí se extendió por toda Europa; y en el que se estableció esta Fiesta de la Concepción de la Virgen por el Capítulo General de los Franciscanos, en 1263.

María, Madre de Cristo, fue amada con un amor que no se parecía a ningún otro; como una Madre a la que se confían las propias penas; como una Abogada que había de defender la causa de los pecadores. El franciscano Jacono de Milán, en el "Aguijón de Amor", la llama "la arrebatadora de los corazones".

Se buscaron en el Antiguo Testamento las figuras que profetizaban la de María; se meditó: "Eva, Ave"; es decir, el misterio de que el pecado de la primera mujer hubiese sido redimido, por Cristo, sí, mas por mediación de otra mujer. Se cantaron sus gozos; pero también sus angustias; y junto a la gozosa Virgen María de la Natividad, se contempló, de pie, junto a la Cruz, a la Virgen de los Siete Dolores, a la Madre del "Stabat".

Evidentemente, aquel fervor se tradujo en admirables páginas de Arte. Fueron innumerables las iglesias que ostentaron el nombre de la Virgen; alrededor de la de "Nuestra Señora de París", otras siete "Nuestras Señoras" se dibujaron como los pétalos de una flor. La Virgen Madre apareció en las esculturas de los pórticos, y en los tímpanos; y cada vez con más frecuencia; a veces con su Hijo; a veces, sola; e incluso "en Majestad", a semejanza de la que se dedicaba antiguamente a Cristo. Los artistas rivalizaron para evocar los rasgos de la Virgen con exquisita gracia. Y al ocupar así, en la Iglesia y en la vida de los cristianos, el eminente puesto que vemos tiene hoy, el culto de la Virgen dio al Cristianismo un matiz de ternura, único e insustituible, que constituye uno de los florones de la Edad Media (páginas 65, 67).

\* \* \*

Después de leídas estas admirables páginas de Daniel Rops, bien podemos repetir que muchas expresiones nuevas del Concilio Vaticano II, son de realidades antiguas.

ROBERTO CAYUELA, S.J.

# CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS ALEMANES

## Situación actual y tarea eclesial

A pesar de la inquietud e incertidumbre del tiempo actual, estamos persuadidos de que Cristo no sólo ha prometido a su Iglesia que nunca sucumbirá, sino que también le ha dado en cada tiempo, y consiguientemente, también en el tiempo actual, la capacidad de anunciar en forma convincente la fe en Él y en su mensaje. En cada época ha habido sombras y misterios. Pero Cristo las domina, y, por consiguiente, contempladas a la luz del misterio divino, podrán ser aceptadas por el creyente. Sabemos que esto a su vez resulta bastante duro.

Juzgamos, por otra parte, un signo positivo de nuestro tiempo, el que se plantea el problema fundamental sobre el sentido de la vida. Esta afanosa búsqueda ayuda a recordar que el hombre es imagen de Dios; de forma ininterrumpida la vida humana plantea problemas, que no es posible resolver independientemente de Dios y de Cristo. “¿Señor, a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y reconocido que Tú eres el Cristo Hijo de Dios” (Juan, 6, 68 ss.).

Estas graves y sinceras preguntas sobre el sentido de la vida brindan una ocasión bastante propicia a la predicación cristiana. Pues cuanto más serias sean las preguntas, mucho más evidente resultará que sólo de Dios y sólo por medio de Cristo es posible obtener una respuesta. Todas las ansias de la situación humana y todo el radicalismo de la investigación humana han sido superados de lejos por el radicalismo del ofrecimiento que Dios nos hizo en la muerte en cruz de su Hijo encarnado. No es, por tanto, necesario dar más explicaciones que la que Cristo dio. Cristo permanece en mí, Él tiene para la Humanidad el mismo valor ayer, hoy y siempre. Será preciso, como en épocas de crisis análogas, convencernos para luego convencer a los demás, de que Cristo sigue siendo también para nosotros y para nuestro tiempo “el camino, la verdad y la vida” (Juan, 14, 6).

Basándose en este fundamento la Iglesia ha emprendido en el Concilio la obra grandiosa de su “aggiornamento”, haciendo acopio también de lo necesario para hacer frente a las exigencias actuales y de un futuro próximo. A pesar de todo, debemos advertir con toda sinceridad, pero siempre confiando en el Señor, que esta iniciativa ha dado lugar en la Iglesia a inquietudes. Veamos las causas:

a) La Iglesia se abre al mundo con el renovado deseo de dar testimonio de Cristo en un momento en que la atención casi general está absorbida por inauditos progresos de investigación y transformación, y en el que el empirismo y al mismo tiempo el temor de una destrucción total mantienen al hombre por completo cautivo. No hay que esperar que un mundo así se muestre siempre y en todas partes abierto al testimonio de fe de los cris-

tianos. Por otra parte, es urgente tarea de la Iglesia, y al mismo tiempo ingente el deber de presentar a un mundo tan introvertido el testimonio de fe de forma que encuentre en las palabras de la Iglesia la respuesta a su ansiedad y una directriz de vida satisfactoria.

b) La Iglesia se ha abierto al mundo en un momento en que ella misma está empeñada a fondo en un estudio analítico de sí misma. Es verdad que la visión, estática-institucional, de la Iglesia ha sido completada en el Concilio y convertida en más dinámica por una concepción inspirada más en el misterio salvífico. Pero precisamente esto impone obligaciones no inferiores a las anteriores. Sobre ello se ha discutido ampliamente en el Concilio. Gracias, pues, al Concilio se ha profundizado el conocimiento de la Iglesia en general y de la jerarquía eclesiástica en particular. Se ha revalorizado más la misión de los seglares hasta tener que pensar en un replanteamiento de la relación entre jerarquía y laicado; se ha profundizado en la liturgia de la Iglesia para que proporcione más fruto; también se ha revisado la relación de la Iglesia con los demás cristianos, con los no cristianos y con el mundo; se reelaborará el Código de Derecho Canónico. Todas estas tareas persiguen el único fin de intensificar el testimonio cristiano de la Iglesia y de sus miembros y hacernos más evidentes las exigencias prácticas. Pero este tipo de tareas, antes de llevarse a cabo, provocan con frecuencia turbaciones, pero es precisamente éste el proceso por medio del cual madura el fruto de la Iglesia y de su misión. Hay que concretar un programa antes que pueda aparecer como verdadero robustecimiento y ayuda para el incremento de la Iglesia.

c) En este contexto es evidente que la ciencia teológica, a pesar de que son estimables sus esfuerzos, no basta por sí sola para resolver las tareas mencionadas. Más aún: se puede decir que hoy la teología, en sentido y medidas sorprendentes, se ha convertido en fin (Aufgabe) en sí misma. La seguridad de otro tiempo sobre el contenido y la importancia de la fe parece, en algunos campos, que ha dejado de subsistir. En la tentativa de hacer más inteligible a nuestro tiempo y en el mundo ideológico de nuestro tiempo el significado de la fe se comienza a dudar del contenido y de la legitimidad de interpretación de la fe misma. Y al examinar y expresar en un lenguaje nuevo las antiguas verdades, a veces se corre el peligro de falsearlas o trastocar su contenido, que parece restringirse. Las mismas verdades reveladas, que deben ser conservadas intactas, parecen haber padecido —y padecer todavía— conmoción. Existen peligros mucho más grave de ciertas cuestiones, alarmantes, procedentes del exterior.

d) La nueva iniciativa de profundizar su imagen y hacer más eficaz el testimonio de fe en el mundo actual no ha encontrado siempre consentimiento en el interior

de la Iglesia. Muchos han quedado conmovidos como por un terremoto, sobre todo porque estaban convencidos de que, para cumplir bien sus deberes en el mundo actual, no era necesario ni oportuno que la Iglesia realizara un esfuerzo extraordinario. Esperaban del Concilio solamente una autoconfirmación de la Iglesia, ignorantes de que ya el Papa Juan XXIII, y con él luego el Papa Pablo VI, habían subrayado la urgencia y la necesidad de nuevas iniciativas y de la misma reforma de la Iglesia. Ciertamente el Concilio no ha creado los problemas y las tareas nuevas. Existían ya. Solamente que antes que el Concilio las afrontara, las elevara a la superficie y las hiciese conocer, muchos las disimulaban simplemente. Después que la Iglesia ha venido empleando durante siglos la táctica defensiva, muchos opinaban que era esencial conservar lo que ya existía en la Iglesia y, con el rápido cambio de los sistemas ideológicos y políticos, se pensaba que la verdadera grandeza de la Iglesia consistía en su inmutabilidad y que toda tentativa de cambio era una afrenta contra su prestigio. No se percataban de que de esta suerte la insuprimible estabilidad de la verdad religiosa era aplicable simplemente, y de una forma no lógica precisamente y no necesaria en cada caso, a toda la constitución de la Iglesia. Hoy sentimos la necesidad de preguntar si la Iglesia, permaneciendo firme en tal postura, sería verdaderamente capaz de afrontar las nuevas y urgentes tareas. Pero dado que la misma Iglesia ha previsto cambios y los va realizando también, es preciso, aunque para algunos resulte insólito y turbador, reconocer la Iglesia mudable como idéntica a aquella en la que la inmovilidad parecía a éstos una nota insustituible.

e) Hay que sumar otro elemento agravante. Al paso que hasta ahora la fe en algunas regiones enteramente católicas era aceptada con una cierta espontaneidad y daba tono al ambiente cristiano, hoy, en cambio, con el cambio del ambiente, existen fácilmente crisis de fe. Donde, por ejemplo, bien por motivo de la emigración interna, bien por los numerosos medios de comunicación social, cada fiel descubre, antes o después, la presencia de una cristiandad no católica, o convive con gentes privadas completamente de fe, surge en él, desprovisto como está, la necesidad de tomar improvisadamente y sólo una decisión sobre la fe (*Glaubenstnscheidung*) para la que no está siempre a la altura. Un caso parecido sucede a veces también en aquellos que, habiendo crecido al abrigo ambiguo de una supuesta evidencia de la fe, tienen una fe que no se basa en una decisión y en la que se ha infiltrado en el fondo una atenuación silenciosa que ha ido formando un ambiente, en el cual aliena muy poco la decisión personal sobre la fe, y, por el contrario, la hace más difícil.

Ésta es hoy, para ser sinceros, la situación en que ha venido a encontrarse el pueblo de Dios; amenazado por el ateísmo, en una Iglesia que se reforma y tiene sus problemas, pero que reconoce y confiesa con confianza y lealtad a Cristo como salvación de los hombres.

### Hay que afrontar los problemas actuales

No se cumplen las tareas negándolas, exagerándolas o falseándolas, no se pueden ignorar simplemente las tareas que atañen hoy a la Iglesia, a la teología y a los particulares. Pues no es posible predicar debidamente la fe sin tratar los problemas que asedian a los fieles y en los cuales vive. El hecho de tratarlos no es indicio de poco espíritu eclesiástico, como si éste consistiera en negar categóricamente problemas y obligaciones nuevas. Sin embargo, afrontar problemas semejantes requiere estudio y compromiso con el Espíritu de la Iglesia y del Concilio.

Sin embargo, contrastaría con el espíritu y con la letra del Concilio que ideas y aspiraciones nuevas, aunque justificadas en sí mismas, fueran presentadas como si se quisiera eliminar o también mortificar la continuidad con la doctrina sana y segura y con la antigua Iglesia. Verdaderamente no hay verdad cristiana que no se pueda o deba a veces desarrollar interiormente, profundizando el conocimiento de la revelación y aplicando nuevos aspectos del pensamiento humano. Pero también las novedades en la teología deben encontrarse de acuerdo con la sustancia de la fe y deben poder demostrarse como tales. Este es un criterio para juzgar la exactitud de un nuevo pensamiento teológico o la precisión de una interpretación del Concilio. Con respecto al Concilio tenemos siempre un doble deber: reconocer incondicionalmente cuanto nos ofrece de nuevo y el —no menos importante— de entender y presentar lo nuevo como desarrollo del depósito de la fe que se nos ha encomendado.

En la tentativa de salir al encuentro de las necesidades de los tiempos debemos guardarnos de ser víctimas del mundo. El mensaje cristiano se opone diametralmente a este mundo soberbio e infiel a Dios. Sobre todo guardémonos de decir o hacer como si Cristo dependiera de nosotros y no nosotros de Él. Caeríamos en el grave error de invertir completamente los valores. Donde se debilita nuestro afán por Cristo, donde los derechos de Cristo sobre nosotros quedan lesionados, no puede tratarse de verdadera doctrina, de progreso en la teología ni tampoco de una válida contribución a nuestro tiempo y a nuestro mundo. Nuestro oficio es más bien hacer comprender que solamente podemos encontrar la perfecta libertad orientándonos completamente hacia Cristo.

Si queremos que nuestra misión evangelizadora haga realmente presa en los hombres de nuestro tiempo será preciso encontrar, en pacientes y reales discusiones internas, formulaciones y acentos adecuados para el mensaje cristiano. Tenemos que saber que, en obsequio a la divina palabra, la Iglesia, peregrina a través del tiempo, debe con frecuencia elaborarse trabajosamente las respuestas a las nuevas preguntas. Por ello nos referimos a algunos deberes y tareas particulares de nuestra misión. No se trata de una lista completa de los problemas dignos

de explicación. Solamente hemos elegido algunos de los más discutidos para ofrecer con ellos un ejemplo de cómo, con genuino espíritu de fe, se pueden descubrir posibilidades y límites del trabajo teológico.

### **Predicación por encargo de la Iglesia**

“No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Nuestro Señor”, así interpretaba su misión el apóstol Pablo (2 Cor., 4, 5). Cristo, su Evangelio y toda la obra de la redención siempre han constituido el objeto de la predicación cristiana. Para tener derecho a predicar se necesita, sin embargo, una autorización, la que cita el mismo apóstol con las palabras: “¿Cómo escucharán la palabra, sin que se les predique?, ¿y cómo predicarán si no son enviados?” (Rom., 10, 15). La misión, por consiguiente, no se debe sólo a una decisión personal, presupone también una autorización. Pues estando confiada la predicación a la Iglesia sólo podrá ser legítimamente realizada por encargo oficial de la Iglesia. Lo mismo vale también en lo referente al contenido de la predicación que deberá adaptarse a la tradición y a la conciencia de fe de toda la Iglesia.

Esta íntima relación entre predicación e Iglesia es indispensable; la revelación no ha sido confiada a los particulares, sino a la Iglesia, la cual, por medio de su Magisterio, y con la asistencia del Espíritu Santo, establece obligatoriamente cuál es y cuál no es la verdadera doctrina eclesiástica. La predicación de la fe y la exposición de la Sagrada Escritura son, por tanto, posible solamente de acuerdo y en unión con la Iglesia creyente del pasado y del presente. Puesto que la revelación se transmite e interpreta en la tradición viviente de la Iglesia guiada espiritualmente por el Espíritu Santo, se deduce que los predicadores necesitan el mandato de la Iglesia y también su confianza en el cumplimiento del mismo, en unión con el Magisterio de la Iglesia; de otra suerte, el Evangelio estaría expuesto al error, o incluso a la tradición. En otras palabras, la autenticidad de la predicación, ante todo, y fundamentalmente, no se demuestra mediante la aportación personal, mediante la temeridad del pensamiento teológico, que no permitiría ya entender si verdaderamente se habla en nombre de la Iglesia.

La predicación auténtica de la fe adquiere más bien su verdadera razón de ser en una íntima y consciente unión con el Magisterio de la Iglesia y encuentra su aliento en un estudio serio, en la meditación y en la oración. Solamente así se tendrá esa mentalidad y altura de espíritu que ha sido siempre, es y será la premisa de la verdadera predicación cristiana, es decir, la voluntad y la disposición de considerar y realizar la predicación como encargo de la Iglesia, como cumplimiento de un mandato de índole propiamente espiritual.

La predicación no puede menospreciar la investiga-

ción científico-teológica. Esta ayuda a la predicación a considerarse como el desarrollo de las enseñanzas apostólicas y a comprender mejor la revelación, de forma que la fe sea capaz de responder a los interrogantes del tiempo. Sin embargo, es necesario distinguir cuidadosamente entre enseñanza doctrinal de la Iglesia y discusión teológica. No obstante el esfuerzo de los teólogos por procurar aspectos que respondan a los tiempos, es necesario tener presente que estos aspectos tienen ante todo carácter de investigación y que frecuentemente no son siquiera concebibles sin este carácter. Sin embargo, debemos guardarnos bien de hacer objeto de la predicación a teorías no ciertas; no debemos hacerlo sobre todo si se conciliaran mal con la “sana doctrina” (Tim., 2, 1) o aparecieran en contraste con ella. La discusión teológica tiene su puesto legítimo en la Iglesia, pero no es objeto de predicación. Si se mezcla con la doctrina de la Iglesia provoca con demasiada frecuencia confusión. No hay que perder de vista la inquietud genuina, pero la confusión procede del Maligno. Todos nosotros, ante Dios, ante la Iglesia y también ante el mundo en el que Cristo, por medio de nuestra predicación, debe aparecer como resplandeciente luz y vida, tenemos la responsabilidad y el compromiso de colaborar en la edificación del cuerpo de Cristo, con una predicación que realmente corresponda a la misión de la Iglesia.

### **No confundir las hipótesis con la doctrina de la Iglesia**

Una actitud semejante protege a los fieles de hipótesis arbitrarias, a las que ellos ni quieren ni deben ser abandonados. El mandato exige de todo enviado que no mantenga opiniones privadas, sino que dé testimonio de la fe de la Iglesia. Ciertamente, cada cual predica según las experiencias de fe que él mismo ha conseguido a través del estudio y la oración para comunicar el acento de su personalidad. Pero de aquí no se sigue que puedan presentarse opiniones privadas como doctrina de la Iglesia o que puedan precisamente oponerse a la enseñanza eclesiástica; el verdadero testigo debe anunciar el mensaje de salvación como se lo ha entregado la Iglesia, distinguiendo entre los diversos grados de obligatoriedad de las diversas proposiciones. Si no existieran estos deberes en la predicación, la fe de la Iglesia quedaría ofuscada y sofocada por teorías varias, por capricho y aspiraciones puramente individuales. Por otra parte, sin embargo, estos límites no justifican precisamente la recititud de aquellos predicadores que, ignorando los esfuerzos de la Iglesia para afrontar los problemas y necesidades del tiempo, presentan abiertamente ideas no sostenibles, mutilando de esta suerte la auténtica enseñanza y frustrando las justas esperanzas de los oyentes.

(Continuará)

## PUNTUALIZACIONES

# ANTE LOS AVATARES DE LA HORA ACTUAL

### VI

Verdaderamente, que la Iglesia está constituida sobre la base de la Jerarquía, la Caridad y la Penitencia; factores éstos a través de los cuales se ajustan los Pastores de almas y el Pueblo de Dios. Dentro de la Iglesia no cabe en modo alguno la rebelión, ni la protesta, ni la explotación; lo contrario es desconocer la Iglesia y cuánto concierne a las virtudes cristianas, como es la obediencia, el espíritu de hermandad, los vínculos a que obliga el ser justos y dar ejemplo. De obrar o no así, depende la paz, la santidad, nuestra expansión religiosa y de salvación de las almas. ¡Y cuánto nos habla la Iglesia en su misión de evangelizar y santificar! Todos nosotros, los fieles, debemos ver en la Iglesia a la Madre que amamanta a sus hijos. Nadie debe ser excluido de este pasto espiritual y benéfico, saludable — frutos de redención y de gracia — que la Iglesia derrama sobre las almas. Es una suerte incommensurable vivir en el seno de la Iglesia, pensar y sentir con ella, y al abrigo y junto a la Jerarquía que, a través de los obispos y los ministros, culmina en el Papa. Y he ahí nuestra conclusión que bien podría tenerse en cuenta, ya que afecta al bien espiritual de los fieles y a una mayor unidad entre los mismos. Nos referimos a la descentralización hasta el máximo posible de las funciones de gobierno de la Iglesia. Especialmente, conceptuamos a la Parroquia, como el órgano de más inmediato contacto con los fieles y centro de enlace y unión con el Pastor. Interesa, en sumo grado, que el Párroco en su Parroquia asuma todos aquellos poderes y funciones, tan necesarios al conjun-

to de cuanto representa su respectiva demarcación, ya se refiera a las relaciones de los fieles con la Iglesia, ya a los asuntos de orden social y religioso a ventilar entre los feligreses. Para nosotros, el Párroco en su Parroquia es el Pastor, el Obispo y el Papa. **En fin, hay que imprimir mayor personalidad al Párroco y a la Parroquia, de conformidad con las exigencias de la Iglesia, aparte de las circunstancias a que obligan los modernos tiempos. Convenimos que la Parroquia sea para los fieles su casa, su albergue, su refugio. Lo exige la santidad y el cuidado del Pueblo de Dios.**

Por lo que respecta a la Caridad venimos a significar los vínculos de unión fraterna y de cooperación y mutua ayuda que deben de existir entre los Pastores y el Pueblo de Dios; con todo y hacer extensivo nuestras relaciones de amor fraterno, indistintamente, para con todo el mundo. La caridad, el amor fraterno, no tiene fronteras, y todos somos llamados al banquete de la conversión y al abrazo que a todos nos une la paz con Dios y con Cristo. Ahora bien; una es la consigna, idéntica para todos los hombres, y es, que todos los humanos seamos un solo y mismo rebaño bajo el cayado de un mismo Pastor. Tal es el mandato de Cristo. Ciertamente, debemos amarnos todo por un igual, aunar nuestros esfuerzos en la común empresa de salvación y mutua ayuda, unirnos todos hacia un mismo denominador común en ideales, sentimientos y aspiraciones. Pero ¡alerta!, hermanos, no vayamos a confundir el trigo con la zizaña. Y he ahí el gran problema de la unidad entre los cristianos y los que no son cristianos, entre los católicos y los que

no lo son. Para nosotros, una cosa es la unidad y otra la unión, la uniformidad, a que nos obliga nuestra comunión con la Iglesia. **De ahí,, cuánta ha de ser nuestra cautela en nuestras relaciones con nuestros hermanos separados y demás confesiones, y con los ateos. Bien que nos acerquemos a ellos y les tentemos nuestra mano hacia la conversión y el arrepentimiento. Pero guardémonos, como del demonio, del escándalo y no sembramos el confusionismo y la perturbación; sino, por el contrario, atengámonos por encima de todo, en afirmar nuestra personalidad, única, con todo su historial y sus carismas, de que está revestida la Iglesia Católica, pues que una es la verdad, uno es el Evangelio, una es la verdadera Iglesia y su cabeza visible, el Papa.**

Por último, en cuanto a la Penitencia seamos generosos para con Dios y alegrémonos en nuestras obras de expiación y reconciliación con Él, mediante actos de sacrificio y acusación de nuestros pecados. Y tal es así, que no se concibe la religión cristiana, sin la virtud, el don de la penitencia. La penitencia es necesaria para la salvación. Todos somos pecadores y hermanos de Cristo. Y es la Iglesia el vehículo, mediante el cual nos hace gratos a Dios, nos santifica y nos hace merecedores del premio eterno. Por algo la Iglesia es la depositaria de los bienes de la gracia conseguidos por Cristo, a través de la Redención. De ahí que cuando hablamos de la penitencia obligue a pensar — en términos de correlación y dependencia — en la pobreza de Belén, la cruz del Calvario, el mandato divino de Cristo. Somos redimidos por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo; pero no obsta a

que obligue a todos a una satisfacción y una correspondencia, exponente de nuestro agradecimiento y el más puro amor. Lo contrario, sería una traición y un falso obrar, impropio de los redimidos y de las bondades, a que está obligada toda criatura en sus relaciones con el Supremo Bien. **Hagamos frutos de penitencia. La Iglesia nos invita a ello y nos lo manda. Ejercitémonos en actos de penitencia y observemos cuanto la Iglesia manda en estos casos. Y reafirmémonos en nuestros actos de sacrificio, de austeridad, de virtud. Bueno, laudabilísimo, es, también, realizar actos de penitencia comunitaria. Estamos convencidos que actos de esta índole, aparte de aplacar la justicia divina, despertarán las conciencias y nos acercarán más a Dios. Y en fin, entendemos, como la mejor ejemplaridad cristiana, la de satisfacer a Dios por nuestros pecados y disponernos al sacrificio por los demás.**

## VII

Asistimos a una época crucial de la Historia. Son unos tiempos los actuales que se caracterizan por su tecnicismo a ultranza, tal que a su empeño se debe todo el resurgir de una nueva vida, incomparablemente superior — digámoslo así — al pasado. Podríamos decir que el mundo actual es todo una revolución y un choque de intereses, entre el pasado que agoniza y esa nueva generación que avanza y empuja hacia adelante con ímpetu avasallador, incontenible. Sin embargo, lo confesamos abiertamente: no pisamos tierra firme. Vivimos una ficción. La vida moderna está en un error. Se ha invertido el orden tradicional y es de espanto cuanto sucede en la actualidad. Eso sí, llevado por el espejismo de un falso progreso, nos hemos sumergido en una vida cada vez más agitada y difícil, hasta despreciar los valores morales y, en fin, el sentido humano, espiritual, de la vida. Va desapareciendo

el sentido cristiano de la vida, y cuyo exponente es el espíritu de sacrificio, el orden de clases, vivir para Dios. Nos asfixia cada vez más tantas rebeldías y luchas por el dinero — ¡oh, la desintegración del capitalismo, el gran fallo de la civilización cristiana! — tan contrario al orden cristiano y a la paz. Para el común de las gentes no interesa hoy, ni la sana moral, ni la austeridad en las costumbres. Ante el actual relajamiento de los cristianos, surge la descomposición de la sociedad cristiana, para sucederse una nueva civilización, negación de la tradición y de cuanto ésta representa y significa. **Y ahora preguntamos: ¿coexistencia pacífica en un mundo tan lleno de confusión y de rebeldías? ¿Diálogo con los ateos y promiscuidad confesional? Adaptación con los actuales tiempos de relajación y paganismo? No veo claro esto.**

## VIII

Examinemos el hecho que supone la unión de la Iglesia y el Estado, en la gran empresa de la unidad nacional y su vínculos con la religión y la paz espiritual a convenir. Porque tal es el encuentro en la formación de las nacionalidades y el Estado, su órgano de expresión, máxime cuando el Estado lleva impreso en sí mismo el sello de la universalidad y el signo de la verdad cristiana, una e indivisible — su adhesión a la Silla de Pedro — como es el Estado confesional y católico. ¡Y pensar que cuando se rompen los lazos de unión entre ambas Potestades — la Iglesia y el Estado — es como romper con la unidad nacional y sus tradiciones, con toda su virtualidad y sus glorias, conseguido al conjuro de aquella unidad! ¡Por Dios!, no seamos torpes; no nos engañemos. Cuando hablamos del Estado confesional, la unión de la Iglesia y el Estado, no quiere significar inmiscuirnos en el gobierno, ni en los aciertos o desaciertos políticos que al Estado sólo in-

cumbe; aunque sí nos afecte a todos y a todos nos alcance, como hermanos que somos todos de una misma familia, parte integrante de la nación, súbditos del Estado. Como asimismo, también, corresponde al Estado, no inmiscuirse en los asuntos e intereses inherentes a la Iglesia, que es como decir, a todo cuanto afecte directa e indirectamente a la propia existencia y misión evangelizadora y docente — santificadora y de propia expansión — de la Iglesia. De ahí que el Estado respetará a la Iglesia y reconocerá los derechos a ella vinculados, correspondientes a las propias funciones y jurisdicción. Y es más; la Iglesia y el Estado, con todo y la unión los postulados de la más pura ortodoxia — el Estado confesional, los imperativos a que obliga el derecho divino — se mantendrán a distancia y sin confusión de poderes y mezcolanza alguna, que pudiera desvirtuar los fines y el orden a conseguir por ambas Potestades. Y así, ateniéndonos al orden práctico a que obliga tan alta coyuntura, y con respecto a España, especialmente, venimos en formular lo siguiente: un Concordato establecerá y situará a ambas Potestades, dentro de la unión y unas relaciones inalterables. Constituirá un exponente del mismo la confesionalidad religiosa del Estado en orden a su constitución, leyes e instituciones; como asimismo, también, un régimen de protección y amparo sobre las personas y bienes eclesiásticos, comprendiendo el culto divino, la enseñanza religiosa en las escuelas y la inmunidad correspondiente a la Iglesia y sus ministros, con todas las obras de apostolado y de caridad existentes en el seno de la misma. Y, en fin, optamos por la separación económica de la Iglesia y el Estado, como signo de una más amplia libertad y de máxima inteligencia, en el ejercicio de las funciones y jurisdicción de las respectivas Potestades.

Por su parte, la Iglesia coadyvará con el Estado en la formación moral de los ciudadanos y se con-

vertirá en paladín de los derechos humanos, con respecto a la libertad y el orden social, y a través de los imperativos a que obliga el honor nacional y el respeto a las instituciones fundamentales del país. Conste que la unión de la Iglesia y el Estado es como un encuentro del Estado con Dios y una conquista de la Iglesia. El Estado así concebido conviene con el derecho divino que clama por la soberanía de Dios sobre todas las cosas, comprendiendo el ejercicio de la autoridad y la subordinación de los poderes temporales, junto a la Ley de Dios y el orden divino a imperar en todas las instituciones y altas empresas. Y, en fin, el encuentro del Estado con Dios viene a ser como la unión y unos desposorios vinculados, junto a los poderes terrenales—en otro orden de cosas, ¡el alma y el cuerpo en sus funciones correlativas!— aparte que es la Iglesia, por su parte, la que, como madre, cuidará de amañar al Estado, sostenerle y fecundizarle. Hemos dicho, también, que la unión de la Iglesia y el Estado— el Estado confesional cristiano— es una conquista de la Iglesia. Y así es. Aparte de los designios de Dios ¿quién puede negar que es al esfuerzo y continuo batallar la causa de tan gloriosa aventura? Es a través del espíritu de cruzada, tanto heroísmo y tanta sangre vertida en la defensa de la Fe y vindicación de los derechos de Dios, que la Iglesia ha impreso, creó una nueva civilización, la sociedad cristiana, como signo de salvación y expresión de un nuevo despertar de los pueblos hacia la conversión y el reinado de Cristo sobre la tierra; un exponente de cuanto decimos lo viene a constituir, culmina en esa unión entre ambas Potestades, verdaderos rieles por donde discurre el orden de la materia y del espíritu, el orden temporal y de la gracia. Y he ahí que, gracias a esa bendita unión y concordancia, a ese abrazo de mutua y armónica convivencia entre la Iglesia y el Estado, la humanidad, los pueblos

irrupieron en el conocimiento del verdadero Dios y de su Hijo Nuestro Señor Jesucristo. Y he ahí nuestra conclusión: ¿es lícito a la Iglesia y al Clero intervenir en política? Sí; lo mismo que ha de interesarle al Estado los asuntos espirituales y de la Iglesia, interviniendo en ella. La Iglesia debe ser, por su parte, y en relación con el Estado, más que un simple asesoramiento o negociado. Iglesia y Estado, con todas sus correspondientes jerarquías y demás componentes, deben ir conjuntos en la común empresa de salvar a la nación, mantener la unidad religiosa y procurar por el bien espiritual de la comunidad. **Y he ahí el gran interrogante a formular: ¿libertad religiosa (otra cosa es la tolerancia, la conllevancia, la no coacción) donde existe la unidad? ¿Hacia un nuevo derecho a la ignorancia religiosa? ¿Estado aconfesional como principio de derecho? No veo sea esto el camino recto.**

#### IX

La Iglesia es una sociedad jerárquica, y está regida y gobernada por los obispos, y a través y en comunión con el Papa, que es la Cabeza. El poder de los obispos y del Papa es de origen divino y representan a los apóstoles: los obispos con jurisdicción en la diócesis; el Papa sobre la Iglesia universal. Con todo, los obispos, conjuntamente con el Papa, representan a la Iglesia en su conjunto y totalidad, y se obligarán a los intereses de la misma y a cuánto a ellos alcance, como Pastores en plenitud, puestos por Dios para regir y gobernar a la Iglesia. El poder de los obispos y del Papa es, por tanto, sagrado, como sagradas son sus funciones, su jurisdicción, su gobierno. De ahí cuánto obliga a la obediencia de cuantos están sujetos a su potestad, tales como los fieles, los sacerdotes, los laicos y, en fin, el Pueblo de Dios. Obediencia a los obispos y al Papa, a que obliga en

su forma omnímoda y total, ya se refiera a la santidad de vida, las obras de apostolado, la formación y dirección de las almas. Ahora bien; el mundo racional es todo una conciencia y obliga al respeto a la personalidad humana, los valores humanos de cuantos lo constituyen, como el primero de los deberes del mando. Ciertamente, que todos somos hermanos, como hijos todos de un mismo Padre que está en los cielos; razón por la cual obliga a todos, a los de arriba y a los de abajo, a unos lazos de solidaridad y unos vínculos, por encima de toda categoría, discriminación o clase. Y he ahí el nudo gordiano de todos los problemas humanos, y de cuya solución depende la paz y el orden a convenir entre altos y bajos, superiores e inferiores, gobernantes y gobernados. ¿Se entiende bien esto? Porque es cosa ésta que apremia. Hoy, en general, todo el mundo está en suspenso, y como metidos en una rivalidad de actitudes, que es todo un malestar que a todos nos alcanza. No basta que quien ocupe las alturas sea, simplemente, un hombre de suerte, un técnico en tal o cual materia, un feliz destino o estado de gracia de quien ha sabido entenderlo y aprovecharse de ello. Importa que quien gobierne o asume el mando está en condiciones de aptitud para entender y comprender a cuánto obliguen sus deberes en relación con sus gobernadores o súbditos. **Jamás debe el superior cebarse con el inferior, o hiriéndole en su amor propio e intereses. Si bien no aceptamos que el inferior se atreva a dar consejos al superior sin pedírselo; tampoco encontramos precedente que el superior rehúse al inferior, cuando éste acude en demanda de amparo o protección. Comprensión, caridad, es lo que hace falta; como asimismo, también, mucho diálogo, mucho conocerse entre el superior y el inferior. Sin esto es inútil hablar de justicia social, acción pastoral, unión sacerdotal.**

MELCHOR PELEGRÍ, pbro.

AL MEDIO SIGLO

# 1917, EN LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA

## IX

FRANCIA: «LA FILLE AINÉE», «LA SOEUR AINÉE», RESUMEN DEL MUNDO

(Continuación)

### El Imperio colonial francés

Siguiendo nuestro anterior artículo, y antes de pasar a nuevas consideraciones —sobre las que es tan rica la época—, veamos ahora lo que constituía, paradójicamente, el que podemos llamar neo-Imperio colonial francés surgido a fines de siglo, y pese a la decadencia de Francia en tanto que Gran Potencia mundial.

En 1914, y en contraste con la infidelidad de Francia hacia su gran papel y responsabilidad, habiendo renunciado a su legítimo y providencial título de hija mayor de la Iglesia y hermana mayor de los demás países del mundo, vemos a Francia dueña de un artificial Imperio. Bien que enorme, y, nada menos, que el segundo del mundo en extensión. De su arraigo y profundidad, da idea la disolución del mismo, a partir de 1945, y que aún maravilla a los que lo contemplamos. Pero tal improvisado Imperio —manifestación de la “llama” misionera, que pese a sus contradicciones y pecados, late en el alma francesa— era impresionante por su importancia.

Constituía, en extensión y población, como hemos dicho el segundo como colonial, el tercero, en total, conjunto en el Mundo, inmediatamente después de los Imperios inglés y ruso, alcanzando casi 10 millones de kilómetros cuadrados y 60 millones de habitantes. Un verdadero Imperio, de tipo, geográficamente hablando, universal.

Es de recordar que, según hacemos notar frecuentemente, este Imperio había venido siendo fijado, y extraordinariamente extendido desde 1871, inmediatamente después de la gran derrota que causó Prusia a Francia. Se ha dicho que el mismo Bismarck, gran jefe de la nueva Alemania, deseoso de hacer olvidar a Francia la anexión de Alsacia-Lorena —lo que ciertamente no había de conseguir— ayudó a Francia y aun la apoyó en forjarse un naciente Imperio en la nueva era de los colonialismos. Sobre todo contra los celos de Inglaterra. El hecho fue que, durante el período de 1871 a 1914 se produjo, en el gran Atlas mundial, el impacto de la gran mancha francesa, cuya máxima extensión radicaba en África en cuyo continente la extensión de los dominios galos superaba a los de la propia Inglaterra.

### En Asia...

En Asia, Francia, tras azarosas luchas llevadas, en parte, en nombre de la civilización —y en las que incluso España prestó desinteresada ayuda—, conquistó la Indochina entera (Cochinchina, Cambodge, Laos, Tonkin, etc.), esta Indochina que le escapó tras la II Gran Guerra mundial y que hoy constituye el sangriento problema mundial conocido por la guerra vietnamita. También había puesto el pie en una “cabeza de puente” de la costa china: Kiaw-Tcheu. Y conservaba, con regusto casi romántico diecisiete y dieciocho-centistas, algunos puertos en la costa india del viejo Coromandel: Mahé, Pondichery, Karikal, Chandernagor, etc., que habían sido respetados por los ingleses.

### En África...

Aquí, como hemos dicho, el nuevo Imperio galo —todo esto hoy ya no existe, salvo en la “piadosa” mentira o ficción de la llamada comunidad de pueblos “francófonos” (donde nadie habla sino el inglés) de los que algunos restos siguen más o menos unidos a la vieja metrópoli por algún motivo más o menos económico— llegó a una extensión territorial inmensa: más de 8 millones de kilómetros cuadrados, sin solución de continuidad. La primera conquista, la de Argel y litoral norteafricano, llevada a cabo por los últimos Borbones y Luis Felipe de Orleans, se había ido extendiendo, desde el “Mare Nostrum” hasta el Golfo de Guinea. El fin de siglo presenció la ocupación de Tombocou, la vieja y legendaria metrópoli, donde fine el Desierto y sede del comercio de esclavos, símbolo, durante milenios, de oprobio de la Humanidad. En líneas generales, el Imperio francés se extendía, en gigantesco cuadrilátero, desde Marruecos a Libia, y, de aquí, al Congo y lago Tchad. Y hasta toda el África Occidental, salvando enclaves de otras potencias (las mayores, el Níger y la Sierra Leona inglesas, así como la curiosa y pequeña República negra de Liberia, único Estado libre de África aparte de Etiopía en aquel entonces).

Tal Imperio se hubiera entonces extendido hacia

Egipto y al Sudán, de no haber sido detenido por los ingleses en Fachoda. Conocido es este choque, donde toparon Marchand y Kitchener, comandantes ambos de las respectivas columnas francesas e inglesas; choque que estuvo a punto de provocar una guerra franco-británica y cuya tensión siguió durante una entera década, hasta que Eduardo VII se aproximó a Francia, dando origen a la "Entente", llevados por el común odio contra la creciente Alemania.

Este gran Imperio francés comprendía a Argelia, que tenía ya casi estatuto de provincia francesa; a Túnez, de condición casi parecida; a Marruecos bien que éste sólo como Protectorado (salvo la ínfima e ingrata zona del Norte del Rif, poblada por las más feroces tribus del mundo, y que fue "generosamente" cedida a la pobre España, y de la que al fin nos desprendimos en buena hora). Todo a base y con el telón de fondo de la inmensidad del Desierto del Sahara. Y, a través de él, continuaba el Imperio: hacia el Senegal, a la Guinea, a la costa de Marfil, al Dahomey, a parte importante del Congo, y al lago Tchad.

Añadamos, aún, la grande y hermosa Isla de Madagascar, toda ella, como ha sido después, un verdadero emporio.

Y la costa de los Somalis, puerta o salida al mar de Abisinia, por no contar todavía diversas pequeñas islas, aquí y allá, como la de Reunión.

### En América...

Como es sabido, Francia, en América, en sus luchas con Inglaterra — en las cuales había acabado por llevar siempre la peor parte — perdió, al fin, el Canadá (cuya parte oriental de Quebec aún conserva habla francesa, y que había de ser cómicamente reivindicada por De Gaulle en su pintoresco viaje de verano de 1967). En la parte oriental de tan gran país, como un símbolo, conserva, en las costas de Terranova, las pequeñas islas de S. Pedro y Miquelón.

En las Antillas, fruto de sus viejas agresiones a los españoles — sus nombres aún denuncian francamente su origen — las bellas islas de Guadalupe y Martinica, y, en la costa del Brasil, la Guayana francesa, especie de infierno en la tierra, resumen de la tristeza y horror de los encendidos países tropicales.

### En Oceanía...

En Oceanía, en fin, su expansión le había dado como fruto no despreciable, la isla de Nueva Caledonia, y grupos de archipiélagos más famosos por su renombre que por su extensión: las Marquesas, Tahití, Pomotú, etcétera.

### Y la Metrópoli

Y volvamos ahora a la Metrópoli, a esta Francia del 1870-1914, que ya no poseía la hegemonía del mundo, ni

dictaba ya sus ideas y su política, ni detentaba la hegemonía de Europa, pero que aún, fatal e irremediablemente, seguía siendo el más descollante símbolo de la misma, y siempre su espejo. Veamos los avatares de la Francia, Potencia de la "Entente", destacada nación de Europa, aun cuando ya no su cabeza.

Ante todo, y abundando en cuanto insistentemente — porque estimamos el fenómeno poco estudiado, aun cuando sea tan palpable y haya estado, durante un siglo a la luz del día — que el motor más profundo de todo, el alma de toda la tendencia y política francesas, en medio de sus altos y bajos, sin lo que no se explica nada, era su funesto y excesivo patriotismo, que en esta nación ya merece el nombre, que ellos mismos se aplicaron, de "chauvinismo", de Chauvin, el más exagerado exponente de la pasión nacionalista francesa. Sin dar a esto el enorme valor que se merece, es perder el tiempo toda meditación. Ni los vicios, ni la masonería, ni el anticlericalismo, ni todas las pasiones que agitaron Francia después de 1870, tuvieron ninguno de ellos, ninguno de estos factores, con ser tan poderosos, con mucho, la influencia de la pasión "chauvinista".

En todo momento, cuando arrecia un peligro, o mejor dicho, cuando Francia, con su agresividad, quiere acometer a sus vecinos para su propia mayor gloria, estalla el fenómeno de la "Unión sacrée". Tristemente, hay que reconocer que sólo Francia posee el secreto de unir a los franceses, justificando todas las injusticias y todos los delitos. "Por la Patria todo, con razón o sin ella; todo, aun cuando *con injusticia*". De aquí hemos visto tantas veces a los franceses, incapaces de unirse ante nada, hacerlo como un solo hombre ante el enemigo de la Patria. Si se trata de Dios, de la Religión, no hay "Unión sacrée". Si de la justicia, o del Bien, tampoco. Pero si se trata de la "Patrie", todo.

### ¿Es que es más la Patria que Dios?

Tal cosa impía registróse a menudo entre 1870 y 1914. Se repitió, destacadísima, con Poincaré. Y había de serlo, de nuevo, en 1944 y 1945. Y, repetimos, sin pensar que, con el mismo derecho que ellos adoran a su diosa, los alemanes adoran a la suya, Alemania, con la misma legitimidad, y por dicha razón ambas naciones se han embestido siempre una contra otra, arruinando la Europa cristiana, en aras a su orgullo y egoísmo nacionales, expresión, si se ahonda bien, de su viejo liberalismo, padre del concepto actual de la Nación. Es, en definitiva, la más auténtica forma del Paganismo: el Paganismo de la Patria, que no conoce freno.

### La política interior francesa de 1870 a 1914

En esta Francia eternamente ingrata a sus grandes destinos, se observa, en el largo período de preparación de la I Gran Guerra, que, por muchos motivos, si no justificados, muy agudos y no desprovistos de base,

llamamos "la belle époque" (porque ninguna otra época de la Historia ha ofrecido tanta civilización aparente, tanto buen gusto, tal refinamiento, tal señorío, pese a lo ya tan democrático de los tiempos), dos tendencias. Bien consabidas, que aquí tan sólo mencionaremos como por obligación. Una tendencia, llamemos derechista, que va de 1870 a 1890 y otra izquierdista del fin y comienzos de siglo.

Conocida es la primera. Como por reacción a la Comuna, Francia llega a casi la posibilidad de una Restauración monárquica. Son los tiempos de Thiers y de Mac Mahon. En su enorme riqueza natural, Francia, al propio tiempo que se forja el imperio colonial de que antes hemos hablado, se hace conservadora. La vieja revolución, la democracia se viste de frac y de levita, y París se refina en sus vicios.

Conocida es la segunda. Es la ya posterior época, que culmina al comenzar el siglo xx, del anticlericalismo de los Clemenceau, Waldeck Rousseau y Combes.

La primera fase consigue la preciada alianza con Rusia, dándose la paradoja de ver la Francia tachada de anarquista y sede de todas las llamadas libertades, íntimamente amiga de la Rusia del Czar, alto prototipo de la autocracia y de la tiranía social. Son los tiempos en que, además, la conquista del imperio africano pone a Francia en constante rozamiento con Inglaterra.

La segunda acaba en la consecución, más preciada aún, de la "Entente" con Inglaterra, coronando el bloqueo diplomático contra la Alemania odiada, cuyo desarrollo promovía la coalición de los tres grandes imperios coloniales de la época: Inglaterra, Francia, Rusia.

Entre tanto, Francia sigue su intensa vida, y vuelve a ser, a su manera, centro vivaz de Europa toda. Tres grandes escándalos denotan sus luchas interiores, que serían grandes de no ser todas ellas sofocadas por el denominador común del odio contra Germania, del deseo de la "revanche" y recuperación de Alsacia-Lorena. Nos referimos a los "affaires" de Boulanger, el Panamá y Dreyfus.

Boulanger, soldadote ridículo, en un momento dado constituyó la ilusión de una dictadura militar, quizá de tipo bonapartista, que permitiese a Francia su desquite.

El Panamá, donde tristemente fracasó el venerable y benemérito Lesseps, demostró, en el fondo, que, pese a su riqueza, Francia ya había perdido, por lo menos, América, el Nuevo Mundo, donde su influencia era ya nula.

Dreyfus, que agitó todos los fangos de los bajos fondos. Tanto hubo de ello, que alguien, medio siglo después, en el proceso Pétain, debía decir que fue el proceso anti-Dreyfus, es decir, es decir, la venganza del mismo. Un misterio, con la mucho más misteriosa rehabilitación del personaje sospechoso.

Con esto llegamos a la primera década de 1900 a 1910. El ministro Delcassé ha conseguido la inteligencia con Inglaterra, con su rey Eduardo VII. Proféticamente, escribe en cierto lugar el gran Ramière que la Providencia parece tener destinado que toda inteligencia franco-inglesa sea preludio de acontecimientos tremendos. La visión del gran pensador no era vana. En los próximos artículos estudiaremos a Francia, en las visperas de la I Gran Guerra.

LUIS CREUS VIDAL

(Continuará.)

## FE SINCERA Y VIRIL PARA LOS JOVENES CRISTIANOS DE HOY

«... al convocar el año de la Fe en conmemoración del centenario de la muerte de los santos Pedro y Pablo, hemos querido que todos nuestros hijos, como volviendo espiritualmente a los orígenes del camino milenario de la Iglesia, supiesen templar de nuevo la fe a la luz de las enseñanzas que los apóstoles nos transmitieron por voluntad de Cristo, y desde entonces proponen a las generaciones humanas mediante el ministerio y magisterio de la Iglesia. Templar de nuevo la fe, que una existencia hoy demasiado aferrada a las realidades terrenas y agitada por intereses y pasiones contrapuestos parece a veces obscurecer y debilitar; templar de nuevo la fe, para que no se deje sumergir por los reclamos que vienen de tantas partes, incluso no buenos, y que desearían suplantarse a Dios; templar de nuevo la fe, para que sea sincera y viril adhesión al Señor, que nos habla en el Evangelio, nos revela su voluntad concreta, a que debemos atenernos si queremos llegar a Él, y nos espera al final de nuestro compromiso temporal como premiador y premio a la vez de la fidelidad que hayamos tenido con Él.

Del discurso de Paulo VI, *L'Osservatore Romano*, 21-2-68.)



Algunos ilustres escritores tratan, hace poco, en un periódico, sobre el tesoro de la Virgen del Pilar. Con el dinero recaudado, al vender esas joyas y tapices, decían, podríamos construir escuelas para los niños, privados de ellas, casas baratas para los pobres de las cha-

bolos... Una "desamortización" así solucionaría muchas crisis y conflictos angustiosos de la sociedad cristiana.

No es mi intento suscitar polémicas. Quiero solamente exponer algunos "escrúpulos" que se me ofrecen.

#### RECLAMOS FAMILIARES Y SOCIALES

Es urgente y primordial socorrer a los desvalidos ¿quién lo duda?, y suministrar locales a los niños sin escuela. El Salvador del mundo no dio su vida por los templos y edificios, sino por las almas inmortales. El cuerpo místico de Cristo no son tampoco las joyas y tapices, sino los fieles, cuya pobreza es un título más para atenderlos, aunque sea a costa de nuestro tesoro artístico y religioso.

Ninguna dificultad sustancial puede surgir contra esta argumentación. Pero adolece de simplismo, a mi juicio. Considera sólo el lado positivo y aparta los ojos de ciertas implicaciones e interferencias, que hacen difícil la solución de un problema, no tan sencillo como algunos creen.

Por de pronto, y refiriéndonos al Pilar, los fieles cristianos dieron sus joyas para la Virgen. ¿Renuncia-

rían a ellas si hubieran sabido que iban a venderse para convertirse en dinero? Una persona piadosa, por su devoción a la Madre de Dios, y con doloroso sacrificio, se desprende de una piedra preciosa, cargada de recuerdos, herencia de sus antepasados y que pertenecía al mayorazgo o al patrimonio familiar. Con mucho gusto la hubiera transmitido a sus hijos y nietos. Ahora pasa a manos de otra persona, desconocida y ajena, muy ajena tal vez, que la ostentará en fiestas y recepciones... No me meto a investigar si la ética tiene algo que oponer aquí. Pero ¿no reaccionarán en contra, por una parte, el agradecimiento y el recuerdo debido a un bienhechor ilustre; y por otra, la entereza y el pundonor familiar y social de grupos humanos, educados con exigencias y pruritos de decoro y de buen gusto?

#### EL ORO Y LOS DIAMANTES ¿PARA QUIÉN?

En nuestro medio ambiente, temeroso de Dios, muchas personas o entidades piadosas rehusarían acu-

dir a ese recurso para apropiarse primero, y lucir después, unas joyas o tapices venerables. El com-

prador podría considerarse, o ser considerado, casi casi, como un irreligioso usurpador. Sobre una persona, ataviada con unas joyas que fueron de la Virgen del Pilar, caerían frases desagradables, o algo más. Todo se sabe. Fundir algunas de esas piezas, transformarlas en otras, buscar compradores en regiones lejanas, donde desconocerían su origen; venderlas o subastarlas entre personas incrédulas y despreocupadas, que sin angustias de conciencia se atrevieran a traficar con ellas, o a lucirlas, son soluciones posibles y aceptables, más o menos.

Muchas de esas joyas adornarían y realzarían, después el cuerpo de estrellas de cine, o de personas desedificantes, cuya morada estaría también recubierta con los tapices que fueron de la Virgen. O irían a parar a otro museo; y entonces podríamos seguir reclamando una nueva venta, para socorrer a los niños sin escuela y a los pobres de las chabolas. Veríamos, cómo en los tiempos medievales, a piadosos varones recorrer los talleres de los plateros, o las tiendas de los anticuarios, para reintegrar, al templo de Dios, los vasos sagrados y objetos de culto.

Cuanto decimos sobre el tesoro del Pilar podríamos repetirlo de todos los depositados en nuestros museos y catedrales. Los metales finos, las piedras preciosas, la seda y paños primorosos serían entonces para cualquiera, menos para Dios. Y sin embargo "mía es la plata, mío es el oro" dice el Señor, por el profeta Ageo. Las custodias valiosísimas, que sólo salen a la luz pública una vez al año, podrían convertirse también en dinero, y después en escuelas o casas baratas. El museo británico las pagaría a cualquier precio. Para el culto divino, y para el ornato de nuestros templos e imágenes, reservaríamos retablos pintados con bermellón o albayalde, custodias de aluminio, cálices de vidrio, coro de hoja de lata, mantos y tapices de dril o estameña...

## EL CRITERIO DE DIOS

En el templo de Jerusalén, por mandato de Dios, sacrificábanse ritualmente dos corderos cada día, sanos, de un año, sin mancha, los mejores. Era un holocausto, o destrucción total. Nadie podía reservarse nada. Ese rito se practicó durante largos siglos. Aquellos corderos bastaban para alimentar y sostener a muchas familias pobres.

Aparte de este sacrificio diurno, los hebreos ofrecían y destruían, en el templo de Jerusalén, verdaderos rebaños. Solamente en las ceremonias de la inauguración, fue-

ron sacrificados veinte mil bueyes y ciento veinte mil ovejas. Sabemos que Salomón empleó en aquellos edificios, maravilla del mundo, riquezas inaccesibles hoy, no sólo a una entidad privada, sino a un Estado. "Nada había en el templo que no estuviera recubierto de oro" dice la sagrada Escritura: hasta el pavimento y el techo. Los vestidos sacerdotales eran de tela fina, con piedras preciosas.

"¿Para qué este derroche?"  
¿Quién se atreverá a repetir esa frase de Judas Iscariote, si Dios

mismo bendecía y aceptaba todo aquéllo? A veces, se hizo y determinó bajo su explícito e inmediato mandamiento.

Por poblados y campos de Israel vegetaban entonces muchos pobres sin casa, y esclavos que carecían de todo.

—¡Ahora son distintas las circunstancias!

—¿Quién lo duda? Pero rehúso la polémica, ya lo indiqué al principio. Solamente deseaba manifestar algunos "escrúpulos" que se me ofrecían.

### «¡LOS LADRONES SOMOS GENTE HONRADA!»

A propósito de cierta literatura, hoy en circulación, me viene a la memoria esta comedia, escrita por Jardiel Poncela.

Hace poco más de un año, abandonó la Iglesia católica un conocido teólogo inglés. A eso llamábamos apostasía, en términos tradicionales y según el derecho canónico. Pero no pronunciamos esa palabra, si así lo pide la caridad o la prudencia.

Con motivo de este caso, y para defenderlo de algún modo, algunos escritores nos recordaron la declaración conciliar sobre la libertad religiosa, que sin embargo, no tiene lugar aquí. Aquélla sólo se refiere "a la inmunidad de coacción por parte de la sociedad civil, y deja íntegra la doctrina tradicional católica sobre el deber moral de los hombres y de las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo". Son palabras textuales del documento citado.

Otros reclaman para Davis la "libertad de optar".

Pero como dice también el Vaticano segundo: "Todos los hombres están obligados a buscar la verdad...; y una vez conocida, a abrazarla y practicarla". Nunca reconoció la Iglesia libertad moral para abandonar la religión verdadera; aunque ya sabemos que todo hombre dispone de una libertad psicológica, hasta para quebrantar, si quiere, cualquier mandamiento.

Aquel teólogo inglés fue "herido en acto de servicio", nos dijeron. ¡Y vengan poderaciones de su autenticidad y de su sinceridad! De tal manera, que algunos parecían descargar sobre la Iglesia casi toda la culpa.

Dejo a un lado la conciencia subjetiva de este hombre, cuyo juicio pertenece sólo a Dios. Pero si esos artículos caen en sus manos, él y otros como él, pues abundan en estos tiempos desafortunados, podrán respirar tranquilos, pensando: ¡Al fin y al cabo, los apóstatas somos gente honrada!

### «¡Y NOSOTROS TAMBIÉN!»

Distinguidos escritores, ufanos por creerse a la vanguardia en la evolución del pensamiento católico actual, repiten y repiten, en libros y artículos, sus censuras al catolicismo, sobre todo a nuestro catolicismo español. En cambio, por sistema también prodigan sus alabanzas marxistas e incrédulos.

Los hombres religiosos de estos últimos siglos, dicen, han desprestigiado el buen nombre de Dios.

La inflación religiosa tanto devocional como doctrinal, nos había ocultado la esencia del Cristianismo.

Los cristianos nos movíamos en un edificio ruinoso.

El catolicismo nada válido produjo en lo que va de siglo. Debemos más al paganismo que al cristianismo.

Los cristianos somos culpables del ateísmo actual,

porque hemos creado todo un mundo de simulación.

Según estos publicistas, algunos teólogos protestantes modernos son los que más se acercan, sin extremismos superficiales, a la concepción de un Dios al alcance de nuestro tiempo. Y nos presentan a ciertos escritores, agnósticos e incrédulos, como tradicionales y ortodoxos.

Los ateos han de ser nuestros más cercanos aliados y nuestros mejores amigos; y la sal para impedir que nuestra creencia en Dios se corrompa...

En fin, después de leer, admirados, todo esto, nos imaginamos oír de labios incrédulos y marxistas la misma exclamación: ¡Vaya! ¡Hasta para algunos católicos de hoy, los ateos somos también gente honrada!

Un celoso y austero obispo argentino renuncia, según dijo, a construir templos mientras sus diocesanos carezcan de hogar. Otro pastor de la América española no levantará tampoco una basílica, en proyecto, porque necesita el dinero para construir casas baratas. La jerarquía de Sevilla anunció también su decidido empeño por resolver el

En nuestras ciudades, todo se ensancha, todo prolifera. La urbe rompe el cinturón que la sujetaba, para respirar, y ampliar su perímetro con casas, tiendas, bares, cines, centros de diversión y pecado... ¿Se repetirá otra vez la escena de Belén, donde hubo sitio para otros y no lo había para aquellos pobres artesanos de Nazaret ni para el Niño que esperaban? Con pre-

No sólo en los barrios de la periferia, sino en otros, ricos y residenciales, hacen falta templos, porque la casa de Dios es también la casa de todos. En ella se reúnen los cristianos, sin distinción. Allí no hay primera ni segunda, como en los trenes y hoteles; ni butacas y "gallinero" como en teatros y cines, ni sitios de preferencia ni de pago. Entrada libre y clase única. La humilde sirvienta puede arrodillarse

Volvieron los israelitas del destierro. Encontraron a su patria en ruinas. Nadie tenía hogar. Mas lo primero de todo había de ser la casa de Dios. Para exhortarlos a la construcción del templo, el Señor habla por los labios del profeta Ageo:

"Sembráis mucho y recogéis poco, coméis y no os saciáis. Y el

## LA CASA DE DIOS Y LA CASA DE LOS HOMBRES

problema de la vivienda, aun a costa de sacrificar lugares y objetos de culto. Sin embargo, acaba de abrirse al público católico la catedral de Liverpool, que debe ser suntuosa. El arzobispo, en el discurso inaugural, hizo ver que Dios también, y antes que nadie, debe

«¡NO HUBO SITIO PARA ELLOS!»

texto de dar casa a los desvalidos ¿convertiremos al Señor de cielo y tierra, que quiere seguir viviendo entre nosotros, en el más desvalido de todos?

Un vecino rico y por ganar más dinero pretende construir un cine o un salón de baile en uno de los suburbios. A nadie se le ocurre pedirle que emplee aquella cantidad en levantar escuelas y casas bara-

## LA DEMOCRACIA DE UN TEMPLO

en el mismo comulgatorio, al lado de la enojada y perfumada señora. Y el magnate de la banca o de la política esperará su turno, de pie junto al confesonario, porque el ministro de Dios está ocupado con un peón.

Hacen falta locales donde unos y otros acudamos a orar por la paz, a oír hablar de las virtudes, para practicarlas, y de los vicios, para huirlos; y nos estimulemos a la solidaridad entre los distintos

## EL CRITERIO DE DIOS

jornalero parece que echa su salario en un bolsillo roto. Esperabais tanto y no encontrasteis nada, pues yo soplé sobre lo que escondíais en vuestros almacenes... Es que mi casa yacía ruinosa, mientras vosotros todos os apresurabais a levantar la vuestra. Por eso no dio fruto la tierra...

Pensadlo bien. Subid al monte y

tener su casa entre los hombres.

Aunque la del último parece contraria a las anteriores, espontáneamente aprobamos la actitud de estos prelados. Cada uno mide el problema desde su respectivo punto de vista. Como siempre, acertará el que dé con el término medio, difícil tal vez y distinto, según las circunstancias locales.

tas: los pobres tienen también derecho a divertirse. Pero cuando se proyecta un templo, acuden razones subrepticias que intentan socavar hasta sus mismos cimientos.

Si para construirle su casa, hemos de esperar que la tengan todos, entonces Dios nunca tendrá un templo. "Pobres siempre encontraréis entre vosotros" dijo el Señor. Y también cristianos sin hogar.

grupos cristianos; donde el pobre pueda aprender sus deberes de trabajador fiel y honrado, y el rico formule propósitos de desprendimiento y de generosidad, hasta dejar, en la colecta, su óbulo, siempre más pingüe, para las casas y escuelas de los pobres; y de donde salgamos todos dispuestos a querernos cada día mejor y ayudarnos, como hijos de aquel único Padre que habita allí.

traed maderas, reconstruid mi templo, donde yo hallaré mi gozo y alegría... ¡Atended! Desde el instante en que pongáis los cimientos de la casa de Dios, derramaré sobre vosotros mis bendiciones; y allí os daré la paz".

Así habló Dios por su profeta.

RICARDO V. FELIU, S. I.